



CINCO TRATADOS DE ALQUIMIA

Traducción del latín al francés por Albert Poisson

Traducción del francés al castellano por Ismael Berroeta

www.tarotparatodos.cl
www.tarotparatodos.com

Este documento está libre de derechos, puede ser consultado bajo su forme impresa en la Biblioteca Nacional de Francia, seriado con el número 8-R-10030. Fue puesto en la realidad virtual del mundo WEB el año 2001, por gentileza del Sr. C.

El Sr. C. señala que "Las traducciones de Cinco Tratados de Alquimia de Albert Poisson, que, curiosamente son seis (Tabla de Esmeralda, Camino del Camino, La Clavícula, Espejo de Alquimia, Tesoro de los Tesoros, Compuesto de los Compuestos), han sido reimpresas y reeditados innumerables veces. A menudo, estos tratados han sido difundidos separadamente y a veces incluso sin que el nombre del traductor fuese citado. La simple justicia nos imponía difundir la obra de origen, fuente de esas versiones anónimas o recuperadas".

ISMAEL BERROETA



CINCO TRATADOS DE ALQUIMIA

DE LOS

MÁS GRANDES FILÓSOFOS



1771

COLECCIÓN DE OBRAS RELATIVAS
A LAS
CIENCIAS HERMÉTICAS

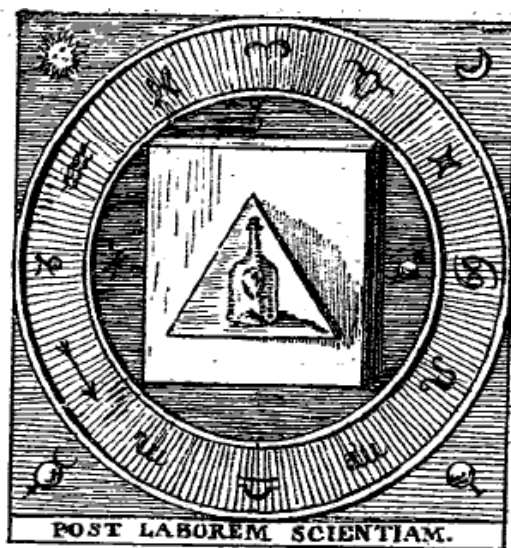
CINCO TRATADOS DE ALQUIMIA
DE LOS MÁS GRANDES FILÓSOFOS

PARACELSO, ALBERTO EL GRANDE, ROGER BACON, R. LULIO, ARN,
DE VILANOVA

TRADUCIDOS DEL LATIN AL FRANCÉS

Por ALB. POISSON

PRECEDIDOS DE LA TABLA DE ESMERALDA, SEGUIDOS DE UN GLOSARIO



BIBLIOTECA CHACORNAC

11, Quai Saint-Michel, PARIS

1899

DE LA MISMA COLECCIÓN:

EL ORO
y
LA TRANSMUTACIÓN DE LOS METALES

Por E. TIFFEREAU

El Alquimista del Siglo XIX

Precedido de Paracelso y La Alquimia en el Siglo XVI

Por M. FRANCK, del instituto

I vol. in- 16 jésus, encuadernación antigua 5 fr.

A. BRULER

Cuento astral, por Jules LERMINA

Prefacio de PAPUS, director de *La Iniciación*

I vol. in- 16 jésus, encuadernación antigua 3 fr.

PREFACIO

Las ciencias actuales son hijas de ciencias misteriosas cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, la alquimia es la madre de la química, la astrología ha precedido a la astronomía, en la base de las matemáticas se encuentra la cábala y la geometría cualitativa, en el principio la historia se confunde con la mitología, la medicina fue enseñada a los hombres por un dios. No se conoce bien una ciencia sino cuando se sabe su historia. Desde la idea madre que funda la ciencia hasta nuestros días, ¡cuántos esfuerzos incesantes, cuántos tanteos! Aprovechamos trabajos de nuestros predecesores despreocupadamente, sin pensar en la suma enorme de trabajo físico e intelectual que han gastado para despejar el camino. Muchos han implicado su vida, gastado su fortuna, renunciado a los placeres y a los honores por amor a la ciencia. ¡Cuántos han muerto mártires afirmando hasta el último aliento la verdad eterna! Es el caso de Roger Bacon, perseguido toda su vida por monjes ignorantes, es la sabia Hipatia lapidada por el populacho de Alejandría, es Averroes lanzado a la prisión y luego exiliado, por haber insinuado ideas contrarias al Corán, es Bernardo El Trevisano deshonorado y atormentado por sus parientes furiosos de verlo gastar su fortuna en investigaciones alquímicas, es Denis Zachaire asesinado por su primo al cual había rehusado revelar el secreto de la piedra filosofal, es Cardan, pobre toda su vida y moribundo de tristeza, son Perrot y Paracelso, acabando su carrera sobre una cama de hospital, son Bernardo Palissy y Borri muertos en prisión. Hacer justicia a esos grandes hombres volviendo a poner sus trabajos a la Luz, haciéndolos revivir en sus obras, tal ha sido nuestro objetivo. Ahora bien, sus obras sus obras se han vuelto escasas, las grandes bibliotecas son las únicas que podrían proporcionar a los investigadores documentos suficientes, pero se sabe cuán difícil es obtener permiso para trabajar en una biblioteca pública. Por otra parte, formarse una colección particular es bastante dispendioso y demanda tiempo y paciencia, a menudo no se encuentra sino después de varios de búsquedas la obra que se desea; por último la mayor parte de estos tratados están escritos en latín bárbaro, de un estilo obscuro muy cansador de leer. Todas estas razones nos han comprometido a publicar estas traducciones.

Los autores han sido escogidos con cuidado entre los nombres más grandes de la alquimia: Arnould de Villeneuve, Raimundo Lulio el doctor iluminado, Alberto El Grande, abrazando todo en su vasta erudición, Roger Bacon el doctor admirable, anticipándose a su siglo y substituyendo la experiencia y la observación a las huecas divagaciones escolásticas, por último Paracelso, transformando las viejas teorías, yendo de la alquimia a la medicina, jamás hombre tuvo un influencia más grande sobre su siglo.

Se ha tomado los tratados más importantes, cuatro o cinco son traducidos por primera vez al francés. En cuanto a la traducción, ha sido tan exacta como sea posible, los pasajes oscuros son expresados literalmente; ponemos particular empeño en dar a la frase el sentido que tiene dentro del texto. Por último los tratados están precedidos de una reseña biográfica y de un índice bibliográfico.

Terminamos con un consejo: leer este libro son estar preparado, es exponerse a no comprenderlo, por tanto se hará bien leyendo antes: "La Alquimia y los Alquimistas" de M. Luis Figuier o: "Los Orígenes de la Alquimia" de M. Berthelot. Para las personas que no tuviesen tiempo de leer estas dos obras, he aquí en pocas palabras de que se trata la Alquimia: "Es, dice Pernetty, el arte de trabajar con la naturaleza sobre los cuerpos para perfeccionarlos". El objetivo principal de esta ciencia es la preparación de un compuesto: la piedra filosofal, teniendo la propiedad de transmutar los metales fundidos en oro o en plata. La materia prima de la piedra filosofal es el Mercurio de los filósofos. Se le da la propiedad de transmutar haciéndole experimentar diversas operaciones, durante las cuales cambia tres veces de color: del negro, llegar a ser blanco, luego rojo. Blanco, constituye el elixir blanco o pequeña piedra, que cambia los metales en plata. Rojo, constituye la medicina o elixir rojo o gran piedra que cambia los metales en oro.

A. Poisson

CINCO TRATADOS DE ALQUIMIA

DE LOS MÁS GRANDES FILÓSOFOS

PARACELSO, ALBERTO EL GRANDE, ROGER BACON,
RAIMUNDO LULIO, ARN. DE VILLENEUVE

RESEÑA SOBRE LA TABLA DE ESMERALDA DE HERMES



La Tabla de Esmeralda de Hermes Trismegisto, el Thot egipcio, es la piedra angular de la alquimia. Los filósofos la citan a cada instante por eso es importante conocer este documento. Se encuentra en todas las recopilaciones importantes de tratados herméticos: *Theatrum chemicum*, *Bibliotheca chemica mangeli*, *Bibliotheca contracta Albinei*, Biblioteca de los filósofos alquímicos de Salmon, etc.

La traducción que sigue es la de la Biblioteca de los Filósofos Alquímicos de Salmon revisada y corregida según el texto latino que se encuentra en la portada de la *Bibliotheca chemica contracta Albinei*.

TABLA DE ESMERALDA

Es verdad, sin mentira, cierto y muy verdadero.

Lo que está abajo es como lo que está arriba y lo que está arriba es como lo que está abajo, para cumplir los milagros de la cosa una. E igual que todas las cosas han salido de una cosa por el pensamiento del Uno, igual todas las cosas han nacido de esta cosa por adaptación.

Su padre es el Sol, su madre es la Luna, El viento la ha llevado en su vientre; la tierra es su nodriza. Ahí está el padre de todo el Telesma del Universo. Su potencia es sin límites sobre la tierra.

Separarás la tierra del fuego, lo sutil de lo espeso, suavemente, con gran arte. Él sube de la tierra al cielo, tan pronto como vuelve a descender sobre la tierra, obtiene la fuerza de las cosas superiores e inferiores.

Tendrás así toda la gloria del mundo, Por esto es que toda oscuridad se alejará de ti.

Es la fuerza fuerte de toda fuerza, porque vencerá toda cosa sutil y penetrará toda cosa sólida. Es así que el mundo ha sido creado.

He ahí la fuente de admirables adaptaciones indicada aquí. Por esto he sido llamado Hermes Trismegisto, poseyendo las tres partes de la Filosofía Universal. Lo que he dicho de la operación del sol está completo.



ARNOLDI DE VILLANOVA
SEMITA SEMITAE

EL CAMINO DEL CAMINO
ARNAU DE VILANOVA



RESEÑA BIOGRÁFICA SOBRE ARNAU DE VILANOVA



Arnaldo de Vilanova nació hacia 1245 en Francia, como lo atestiguan Symphorianus Campegius et Joseph de Haitze. En cuanto al lugar preciso de su nacimiento es incierto. Estudió lenguas muertas en Aix, medicina en Montpellier. Al ir a París a perfeccionarse, con el rumor popular acusándolo de necromancia y alquimia, tuvo que huir a Montpellier, donde su casa porta esculpidos sobre la fachada un león y una serpiente mordeándose la cola. La sed de aprender le hizo pasar a España, practica algún tiempo la alquimia en Barcelona (1286) y aprende el árabe. Visita después las universidades célebres de Italia: Bolonia, Palermo, Florencia. Vuelve a París, pero por sus proposiciones heréticas, habiendo excitado contra él a los teólogos, se escapó prudentemente a Sicilia, donde Federico II lo tomó bajo su protección. El Papa Clemente V inquieto por la piedra, convocó a Arnaldo de Vilanova a su lado,

con la promesa del perdón. Arnau se embarcó hacia Francia (los papas residían entonces en Aviñón). Sin embargo, a la vista de Génova, murió, su cuerpo fue sepultado en esta ciudad (1313). Tuvo por amigos y discípulos a Raimundo Lulio y Pedro de Apono. Principales obras: *Rosarium philosophorum*¹, *de Lapide philosophorum*, *Novum lumen*, *Flos florum*, *Semita semitae*, *Speculum alchimiae*, *de Sublimatione Mercurii*, *Epistola ad Robertum Regem*, *Testamentum novum*. Todos estos tratados se encuentran en las ediciones de sus obras completas: *Opera omnia Arnoldi de Villanova*, I Vol. in-folio. Lyon (1520). *Ídem* (1532). Bâle (1585). Argentinae (1613). Reseña sobre el *Semita semitae*: *El Camino del Camino*. Este tratado es en algunos pasajes casi idéntico al: *Flos florum*. Se encuentra en: 1º *Las Obras Completas de Arnau de Vilanova*; 2º *De Alchimia Opuscula complura veterum philosophorum*. Francofurti (1550, in 4º). Es sobre este texto que ha sido hecha la presente traducción. 3º *Bibliotheca chemica Mangeli, Coloniae Allobrogum*, 2 vol. in-folio, 1702. Tomo I, página 702. Este Tratado ha sido traducido por primera vez al francés.

SEMITA SEMITAE

EL CAMINO DEL CAMINO

Aquí comienza el *Camino del Camino*, corto tratado, breve, sucinto, útil para quien lo comprenda. Los buscadores hábiles encontrarán en él una parte de la Piedra Vegetal que otros Filósofos han ocultado con cuidado.

Padre venerable, préstame oído piadosamente. Has de saber que el Mercurio² es el esperma cocido de todos los metales; esperma imperfecto cuando sale de la tierra, a causa de cierto calor sulfuroso. Según su grado de sulfuración, engendra los diversos metales en el seno de la tierra. Por tanto, no hay más que una sola materia prima de los metales, según una acción natural más o menos fuerte, según el grado de cocción, reviste formas diferentes. Todos los Filósofos están de acuerdo en este punto. He aquí la demostración: Cada cosa está compuesta por elementos en los cuales se la puede

¹ N. del T. El *Rosarium* compuesto por el alquimista francés llamado Pedro-Arnaldo de Vilanova (1336) es una fuente de importancia decisiva para comprender el origen del corpus alquímico *falsamente* atribuido al médico medieval Arnau de Vilanova (afirmación del erudito José Rodríguez Guerrero, 2009).

² Mercurio con una mayúscula indicará siempre el Mercurio de los filósofos.

descomponer. Citaremos un ejemplo imposible de negar y fácil de comprender: el hielo, con ayuda del calor se convierte en agua, por lo tanto, es agua. Ahora bien, todos los metales se convierten en Mercurio; luego este Mercurio es la materia prima de todos los metales. Más adelante os enseñaré la manera de hacer esta transmutación, destruyendo así la opinión de los que pretenden que la forma de los metales no puede ser cambiada. Tendrían razón si no se pudiera reducir los metales a su materia primera, pero demostraré que esta reducción a materia prima es fácil y que la transmutación es posible y factible. Porque todo lo que nace, todo lo que crece, se multiplica según su especie, como pasa con los árboles, los hombres, las hierbas. Un grano puede producir otros mil granos. De suerte que es posible multiplicar las cosas hasta el infinito. De acuerdo con lo que antecede, el que analice las cosas verá que si los Filósofos han hablado de un modo oscuro, por lo menos han dicho la verdad. Han dicho, en efecto que nuestra Piedra tiene un alma, un cuerpo y un espíritu, lo cual es cierto. Han comparado su cuerpo imperfecto al cuerpo³ porque no tiene poder por sí mismo; han llamado al Agua espíritu vital porque da al cuerpo, de por sí inerte e imperfecto, la vida que antes no tenía y porque perfecciona su forma. Han llamado alma al fermento, porque como se verá más adelante, ha dado también vida al cuerpo imperfecto, perfeccionándolo y cambiándolo en su propia naturaleza.

Dice el Filósofo: "Cambia las naturalezas y hallarás lo que buscas". Esto es cierto. Porque en nuestro Magisterio sacamos primeramente lo sutil de lo espeso, el espíritu del cuerpo y después, lo seco de lo húmedo, es decir, la tierra del Agua y así cambiamos las naturalezas; lo que estaba abajo lo ponemos arriba, de suerte que el espíritu se convierte en cuerpo y enseguida el cuerpo se transforma en espíritu. Dicen también los Filósofos que nuestra Piedra se hace de una sola cosa y con un solo recipiente; y tienen razón. Todo nuestro magisterio se saca de nuestra Agua y se hace con ella. Ella disuelve hasta los metales, pero no convirtiéndose en agua de la nube, como creen los ignorantes. Calcina y reduce a tierra. Transforma los cuerpos en cenizas, incinera, blanquea y limpia, según lo que dice Morienus: "El Azoth y el fuego limpian el Latón, es decir, lo lavan y despojan por completo de su negrura". El latón es un cuerpo impuro, el azoth es el argento vivo.

Nuestra Agua une cuerpos diferentes entre sí, con tal de que hayan sido preparados como acaba de decirse; esta unión es tal que ni el fuego ni ninguna otra fuerza puede separarlos por la combustión de su principio ígneo. Esta transmutación sutaliza los cuerpos, pero no se trata de la sublimación vulgar de los simples de espíritu, gentes sin experiencia, para los cuales sublimar es elevar. Esas personas toman cuerpos calcinados, los mezclan a los espíritus sublimables, es decir, al mercurio, al arsénico, al azufre, etc., y subliman todo con la ayuda de un calor fuerte.

Los cuerpos calcinados son arrastrados por los espíritus y ellos dicen que están sublimados. Pero... icuál no será su decepción cuando encuentran cuerpos impuros con sus

³ N. del T. Cuerpo humano.

espíritus más impuros que antes!. Nuestra sublimación no consiste en elevar; la sublimación de los Filósofos es una operación que hace de una cosa vil y corrompida por la tierra otra cosa más pura. Lo mismo que cuando se dice comúnmente: fulano ha sido elevado al Obispado... por "elevado" se entiende que fue exaltado y colocado en una posición más honorable. Del mismo modo decimos que los cuerpos han cambiado de naturaleza, es decir, que han sido exaltados, que su esencia ha llegado a ser más pura; de manera que se ve que sublimar es la misma cosa que purificar; es lo que hace nuestra Agua.

Es así como debe entenderse nuestra sublimación filosófica, sobre la cual muchos se han engañado.

Ahora bien, nuestra Agua mortifica, ilumina, limpia y vivifica; primeramente hace aparecer los colores, negros durante la mortificación del cuerpo, luego vienen colores numerosos y variados y finalmente la blancura. En la mezcla del Agua y del fermento del cuerpo, o sea del cuerpo preparado, una infinidad de colores aparecen.

Así es como nuestro Magisterio está sacado de uno, se hace con uno y se compone de cuatro y tres son en uno.

Sabe aún más, Padre Venerable, que los filósofos han multiplicado los nombres de la Piedra mixta para ocultarla mejor. Ellos han dicho que es corporal y espiritual, y no han mentado, los sabios entenderán. Porque ella tiene un espíritu y un cuerpo, el cuerpo es espiritual solamente en la solución y el espíritu llega a ser corporal por su unión con el cuerpo. Los unos la llaman fermento, los otros, Bronce.

Morienus dice: "La ciencia de nuestro Magisterio es un todo comparable a la procreación del hombre. Primeramente, el coito. En segundo lugar, la concepción. En tercero, la imbibición. En el cuarto, el nacimiento. En el quinto, la nutrición o alimentación." Voy a explicarte estas palabras. Nuestro esperma que es el Mercurio, se une a la tierra, es decir, al cuerpo imperfecto llamado también Tierra-Madre (siendo la tierra madre de todos los elementos). Eso es lo que entendemos por el coito.

Después, cuando la tierra ha retenido en sí un poco de Mercurio, se dice que hay concepción. Cuando decimos que el macho actúa sobre la hembra, es necesario entender por eso que el Mercurio obra sobre la tierra. Por eso los Filósofos han dicho que nuestro magisterio es macho y hembra y que resulta de la unión de esos dos principios.

Después de agregarle el Agua, es decir, Mercurio, la Tierra crece y aumenta blanqueándose, y entonces se dice que hay imbibición. Enseguida el fermento se coagula, es decir, que se une al cuerpo imperfecto, preparado como se ha dicho, hasta que su color y su aspecto sean uniformes, es el nacimiento, porque en ese momento aparece nuestra Piedra, que los Filósofos han llamado: el Rey, como se dice en la Turba "Honrad a nuestro Rey saliendo del fuego, coronado con la diadema de oro; obedecedle hasta que haya llegado a la edad de la perfección, alimentadlo hasta que sea Grande. Su padre es el Sol, su madre es la Luna; la Luna es el cuerpo imperfecto. El Sol es el cuerpo perfecto."

En quinto y último lugar viene la alimentación: cuanto más alimentado sea, más crecerá. Eso, sí, se alimenta de su leche, es decir del esperma que lo engendró al comienzo. De suerte que es menester embeberlo de Mercurio, hasta que haya bebido dos partes o más si es necesario.

AHORA SIGUE LA PRÁCTICA

Pasemos ahora a la práctica, como más arriba he anunciado. Y ante todo, todos los cuerpos deben ser llevados a la materia prima para hacer posible la transmutación. Voy a demostrarte aquí todo lo dicho más arriba. Por tanto, ¡oh hijo mío!, te ruego que no desdeñes mi Práctica, porque en ella se oculta todo nuestro Magisterio, como yo lo he visto en mi fe oculta.

Toma una libra de Oro, redúcela a limaduras muy brillantes, mézclala con cuatro partes de nuestra Agua purificada, moliendo e incorporándole un poco de sal y vinagre, hasta que todo esté amalgamado. Una vez bien amalgamado el oro, ponlo en una gran cantidad de Aguardiente, es decir, de Mercurio y pon todo ello en el orinal sobre nuestro centro purificado; haz debajo un fuego muy lento durante un día entero; entonces deja enfriar, y cuando este frío, toma el Agua y todo lo que está con ella, filtra a través de una tela de lino, hasta que la parte líquida haya pasado a través del lienzo. Pon aparte lo que haya quedado en el paño, recógelo y poniéndolo con una nueva cantidad de Agua Bendita en el mismo recipiente de antes, calienta un día entero, después filtra como antes. Repite esto hasta que

todo el cuerpo se haya convertido en Agua, o sea en la materia prima que es nuestra Agua.

Hecho esto, toma toda esta Agua, ponla en una vasija de vidrio y cuece a fuego lento hasta que veas aparecer la negrura en la superficie; sacarás con destreza las partículas negras. Continúa hasta que todo el cuerpo se haya convertido en una tierra pura. Cuanto más repitas esta operación, será tanto mejor. Vuelve a cocer quitando la negrura, hasta que las tinieblas hayan desaparecido, y que el Agua, o sea nuestro Mercurio, aparezca brillante. Es entonces que tendrás la Tierra y el Agua.

Enseguida, coge toda esta tierra, es decir, la negrura que has recogido; ponla en un recipiente de vidrio, viértele encima Agua Bendita, de modo que nada sobrepase la superficie del agua, que nada sobrenade, y calienta a fuego ligero durante diez días; después muele y pon nueva Agua; recuece la tierra así coagulada y espesada sin agregar agua. Cuece finalmente a fuego violento siempre en el mismo recipiente, hasta que la tierra se ponga blanca y brillante.

Habiendo pues blanqueado y coagulado nuestra tierra, toma el Aguardiente que ha sido espesado con ayuda de un ligero calor por la tierra coagulada, cuécela con un fuego violento en un buen calderete⁴ provisto de su capitel⁵, hasta que todo lo que hay de Agua en la mezcla haya pasado al recipiente y que la tierra calcinada permanezca en el calderete. Toma entonces tres partes por cuatro de un fermento, es decir, que si has tomado una libra del cuerpo imperfecto o de oro, tomarás tres libras de fermento, es decir, de Sol o de Luna.

Ante todo, te será necesario disolver dicho fermento, reduciéndolo a tierra y en una palabra, repetir las mismas operaciones que con el cuerpo imperfecto. Sólo entonces los unirás y los empaparás con el Agua que ha pasado al recipiente y cocerás durante tres días o más. Embebe de nuevo, recuece y repite la operación hasta que ambos cuerpos queden unidos, es decir, que no formen más que uno. Pesarás. Su color no habrá cambiado. Entonces verterás sobre ellos el Agua ya citada, poco a poco, hasta que no absorban más. En esta unión de los cuerpos, el Espíritu se incorpora a ellos y como han sido purificados, se transforma en su propia esencia. Así es como el germen se transforma en los cuerpos purificados,

⁴ N. del T. Parte del alambique que se introduce en el horno y en la cual se pone la materia a destilar. Se le denomina también "cucúrbita".

⁵ N. del T. Parte del alambique en la cual se expande el vapor (Diccionario del Centre National de Ressources Textuelles et Lexicales).

lo que antes no hubiera sucedido a causa de su carácter grosero y de sus impurezas. El Espíritu crece en ellos, aumenta y se multiplica.

RECAPITULACIÓN

Ahora, padre venerable, insistiré en lo que dije, aplicándolo a las preparaciones de los Filósofos antiguos y a sus enseñanzas tan oscuras, tan incomprensibles. Sin embargo, pesa las palabras de los Filósofos, comprenderás y confesarás que han dicho LA verdad.

La primera palabra de nuestro Magisterio o de la Obra, es la reducción del Mercurio (el cuerpo) es decir, la reducción del cobre o de otro metal a Mercurio. Es lo que los Filósofos llaman la solución, que es el fundamento del Arte, como lo dice Franciscus: "Si no disolvéis los cuerpos, trabajáis en vano". Es la solución de la que habla Parménides en la "*Turba de los Filósofos*". Oyendo la palabra disolución, los ignorantes piensan enseguida en el Agua de las nubes. Pero si hubieran leído nuestros libros, si los hubiesen comprendido, sabrían que nuestra Agua es permanente, y que separada de su cuerpo, llega a ser por consiguiente, inmutable. Así que la solución de los Filósofos no es Agua de las nubes sino la conversión de los cuerpos en Agua de la cual todos han sido procreados antes, es decir, en Mercurio. De igual manera el hielo se convierte en agua que anteriormente le diera nacimiento.

He aquí que por la gracia de Dios conoces el primer elemento, que es el Agua, y la reducción de ese mismo cuerpo a materia prima.

La segunda palabra es "Lo que se hace de la tierra". Es lo que los Filósofos han dicho: "El Agua sale de la Tierra". Así tendrás el segundo elemento que es la Tierra.

La tercera palabra de los Filósofos es la purificación de la Piedra. Morienus dijo refiriéndose a este tema: "Este Agua se putrifica y se purifica con la tierra". El Filósofo dice: "Une lo seco a lo húmedo; así, lo seco es la Tierra, lo húmedo es el Agua". Tendrás ya el Agua y la Tierra en sí misma, y la Tierra blanqueada con el Agua.

La cuarta palabra es que el Agua puede evaporarse por la sublimación o la ascensión. Se hace aérea al separarse de la tierra con la cual antes estaba

coagulada y unida; y así tendrás la Tierra, el Aire y el Agua. Es lo que el Filósofo dice en la Turba: "Blanquea y sublima a fuego vivo, hasta que se escape un espíritu, que es el Mercurio. Por esto se le llama pájaro de Hermes y pollo de Hermógenes". Hallaréis en el fondo una tierra calcinada, es una fuerza ígnea, es decir, de naturaleza ígnea.

Tendrás pues los cuatro elementos, la tierra, el fuego, y esta tierra calcinada que es el polvo de que habla Morienus: "No desprecies el polvo que está en el fondo porque se halla en un sitio bajo. Es la tierra del cuerpo, es tu esperma y en ella está la coronación de la Obra".

Enseguida con la antedicha Tierra pone el fermento que los Filósofos llaman alma. He aquí por qué: del mismo modo que el cuerpo del hombre no es nada sin su alma, igualmente la tierra muerta o cuerpo inmundo, no es nada sin fermento, es decir sin su alma.

Porque el fermento prepara al cuerpo imperfecto, lo cambia en su propia naturaleza como se ha dicho. No hay más fermentos que el Sol y la Luna, esos dos planetas vecinos que se aproximan por sus propiedades naturales. Es lo que hizo decir a Morienus: "Si no lavas, si no blanqueas el cuerpo inmundo y no le das alma, no habrás hecho nada para el Magisterio. Entonces el espíritu está unido al alma y al cuerpo, se regocija con ellos y se fija. El agua se altera y lo que está espeso se vuelve sutil".

He aquí lo que dice Astanus en la *Turba de los Filósofos*: "El espíritu no se une a los cuerpos sino cuando éstos han sido perfectamente purificados de sus impurezas". En esta unión aparecen los mayores milagros, porque entonces se dejan ver todos los colores imaginables y el cuerpo imperfecto, según Barsen, toma el color del fermento, mientras que éste permanece inalterado.

¡Oh, padre lleno de piedad!, que Dios aumente en ti el espíritu de inteligencia para que tú peses bien lo que voy a decir: Los elementos no pueden ser engendrados sino por su propio esperma. Ahora bien, éste esperma es el Mercurio. Observa al hombre que no puede ser engendrado sino con ayuda de esperma; a los vegetales que no pueden nacer más que de una semilla, que es imprescindible para la generación y el crecimiento posterior.

Hay quienes, creyendo hacerlo mejor, subliman el Mercurio, lo fijan, lo unen a otros cuerpos, y no obstante, no hallan nada. He aquí por qué: un esperma no

puede cambiar, permanece siempre tal cual era; y no produce su efecto más que cuando está depositado en la matriz de la mujer. Por eso el Filósofo Mechardus dijo: "Si nuestra Piedra no es puesta en la matriz de la hembra, a fin de que sea nutrida, no crecerá".

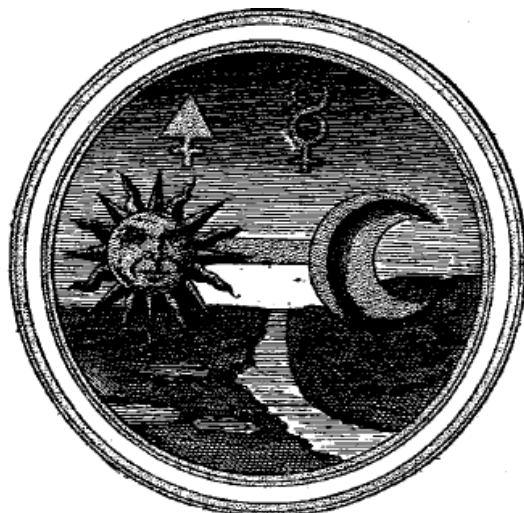
¡Oh, padre mío! hete aquí ya, según tu deseo, en posesión de la Piedra de los Filósofos.

Gloria a Dios

Aquí termina el pequeño tratado de Arnau de Vilanova entregado al Papa Benito XI, en el año 1303.

RAIMONDI LULLII CLAVICULA

RAIMUNDO LULIO LA CLAVÍCULA



RESEÑA BIOGRÁFICA SOBRE RAIMUNDO LULIO



Raimundo Lulio nació en Palma en la isla de Mallorca en 1235. Su padre, senescal⁶ de Jaime I de Aragón, le destinó a la carrera de las armas. La juventud de R. Lulio fue turbulenta y licenciosa, el matrimonio no modificó su conducta, pero a continuación de un violento amor terminado de manera desdichada, renunció al mundo, y después de haber distribuido sus bienes entre sus hijos, se retiró en soledad. Es entonces que forma el proyecto de convertir a los infieles, siendo la gran idea a la cual se consagrará toda su vida. Para aprender el árabe, compra un

esclavo musulmán, pero éste habiendo adivinado el objetivo de su amo, intenta asesinarlo. Apenas restablecido, Raimundo Lulio funda un monasterio donde se enseña el árabe, donde se forma misioneros. Luego recorre Europa dirigiéndose a

⁶ N. del T. En algunos países, mayordomo mayor de la casa real (Real Academia Española). Oficial del palacio real, cumplía el papel de los antiguos alcaldes o mayordomos de palacio bajo los merovingios y los Capetos, después ejercieron funciones militares, de finanzas y de justicia bajo los Capetos hasta el s. XIII (Trésor).

los papas, a los reyes, a los emperadores, pidiendo a los unos su autoridad moral, a los otros, ayudas en dinero para hacer fructificar su obra. Es en estas peregrinaciones que se pone en relaciones en París con Arnaldo de Vilanova y Duns Scot. Visita España, Italia, Francia, Austria. Uniendo el ejemplo a la palabra, pasa dos veces al África, es condenado a muerte en Túnez, y no escapa sino gracias a la protección de un sabio árabe quien le había tomado afecto. En 1311, lo encontramos en el Concilio de Viena. Es allí que recibe una carta de Eduardo II⁷. Este príncipe, mostrándose favorable a sus proyectos, R. Lulio se dirige a Inglaterra. El rey lo hace encerrar en la Torre de Londres y le fuerza a realizar la Gran Obra. Raymundo Lulio transforma en oro masas considerables de mercurio y de estaño, cincuenta mil libras, dice Lenglet Dufresnoy. De este oro se hicieron las "nobles a la rosa" o Raimundinas⁸. Temiendo por su vida, R. Lulio huye de Londres y regresa a África. Apenas desembarcado, se pone a predicar. El populacho, indignado de su audacia, lo lapida. A la noche siguiente, ciertos genoveses lo recogieron respirando todavía debajo de un montón de piedras y lo llevaron a bordo de su barco, pero murió a la vista de Palma; fue enterrado en el convento de los franciscanos de esta ciudad (1313). Principales obras: *Codicillus seu vade mecum*, *Testamentum*, *Mercuriorum liber*, *Clavicula*, *Experimenta*, *Potestas divitiarum*, *Theoria et practica*, *Lapidarium*, *Testamentum novissimum*, etc.

El presente tratado: *Clavicula seu Apertorium* se encuentra en el *Theatrum chemicum* y en *Bibliotheca chemica Mangeli*. Como su nombre lo indica, es la clave de todas las otras obras de Raimundo Lulio.

⁷ N. del T. Otros comentaristas afirman que sería Eduardo III.

⁸ N. del T. Este oro fue llamado "el oro de Raimundo" y existen todavía algunas monedas bastante escasas en verdad, que los aficionados llaman "las Raimundinas". M. Louis Figuier, escritor y vulgarizador científico, supone que estas Raimundinas son las "nobles a la rosa", acuñadas bajo el reinado de Eduardo III, y estima que la alquimia de Lulio no era sino una sofisticación del oro, difícil de descubrir debido a los procedimientos químicos de la época, menos perfeccionados que los actuales (tomado del Consejo Nacional de Francia, Memphis-Misraim).

LA CLAVÍCULA DE RAIMUNDO LULIO DE MALLORCA

Tratado conocido también con el nombre de Clave universal, en el cual se hallará claramente indicado todo lo que es necesario para completar la Gran Obra.

Hemos llamado Clavícula a esta obra, porque sin ella es imposible comprender nuestros otros libros, cuyo conjunto abarca el Arte completo, porque nuestras palabras son oscuras para los ignorantes.

He escrito muchos tratados, muy extensos, pero divididos y oscuros, como puede verse por el Testamentum, donde hablo de los principios de la naturaleza y de todo lo que se relaciona con el arte; pero el texto ha sido sometido al martillo de la Filosofía. Lo mismo sucede con mi libro Del Mercurio de los Filósofos, en el segundo capítulo: De la fecundidad de las Canteras Físicas, e igual con mi libro De la Quintaesencia del Oro y de la Plata, lo mismo, en fin, con todas mis otras obras donde el arte está tratado de un modo completo, salvo que siempre oculté el secreto principal. Ahora bien, sin ese secreto, nadie puede entrar en las minas de los filósofos y hacer algo útil, por eso, con la ayuda y permiso del Muy Alto, al que plugo revelarme la Gran Obra, hablaré aquí del Arte sin ninguna ficción. Pero cuidaos de revelar este secreto a los malos; no lo comunicéis sino a vuestros

amigos íntimos, aunque no debierais revelarlo a nadie, porque es un don de Dios que con él hace un presente a quien le parece bueno. El que lo posea, tendrá un tesoro eterno.

Aprended a purificar lo perfecto por lo imperfecto. El Sol es el padre de todos los metales pues la Luna es su madre; aunque la Luna reciba su luz del Sol. De estos dos planetas depende todo el Magisterio.

Según Avicena, los metales no pueden ser transmutados sino después de haber sido llevados a su materia prima, lo cual es cierto. De modo que te será necesario reducir primeramente los metales a Mercurio; pero no hablo aquí del mercurio corriente, volátil, hablo del Mercurio fijo; porque el Mercurio vulgar es volátil, lleno de una frialdad flemática⁹; es indispensable que sea reducido por el Mercurio fijo, más cálido, más seco, dotado de cualidades contrarias a las del mercurio vulgar.

Por esto os aconsejo, ¡oh, amigos míos!, que no obréis con el Sol y la Luna, sino después de haberlos llevado a su materia prima, que es el Azufre y el Mercurio de los filósofos.

¡Oh, hijos míos!, aprended a servirlos de esa materia venerable, porque, os lo advierto, bajo la fe del juramento si no sacáis el Mercurio de esos dos metales, trabajaréis como ciegos, en la oscuridad y en la duda. Por eso, ¡oh, hijos míos!, os conjuro a que marchéis hacia la luz, con los ojos abiertos, y no caigáis como ciegos en el abismo de perdición.

CAPÍTULO I

DIFERENCIAS DEL MERCURIO VULGAR Y DEL MERCURIO FÍSICO

Nosotros decimos: el mercurio vulgar no puede ser el Mercurio de los Filósofos, por ningún artificio con que haya sido preparado; porque el mercurio vulgar no puede soportar el fuego más que con ayuda de un Mercurio diferente a él, corporal, que sea cálido, seco y más digerido que él. Por eso digo que nuestro Mercurio físico es de una naturaleza más cálida, y más fija que el mercurio vulgar. Nuestro Mercurio corporal se convierte en mercurio fluido, que no moja los

⁹ N. del T. Flemático = Tardo, lento (Diccionario de la Real Academia Española).

dedos; cuando se le pone con el mercurio vulgar, se une y penetran tan bien, con ayuda de un lazo de amor, que es imposible separarlos el uno del otro, como sucede con el agua mezclada con agua. Tal es la ley de la Naturaleza. Nuestro Mercurio penetra al mercurio vulgar y se mezcla a él desecando su humedad flemática, quitándole su frialdad, lo cual le vuelve negro como carbón y finalmente le hace caer en polvo.

Fíjate bien que el mercurio vulgar no puede ser empleado en lugar de nuestro Mercurio físico, el cual posee el calor natural en el grado debido; por eso mismo nuestro Mercurio comunica su propia naturaleza al mercurio vulgar.

Además, nuestro Mercurio, después de su transmutación, cambia los metales en metal puro, es decir, en Sol y en Luna, como lo hemos demostrado en la segunda parte de nuestra Práctica. Pero hace algo más notable aún, cambia al mercurio vulgar en Medicina, que puede transmutar los metales imperfectos en perfectos. Cambia el mercurio vulgar en verdadero Sol y verdadera Luna mejores que los que salen de la mina. Fijaos también en que nuestro Mercurio físico puede transmutar cien marcos y más, hasta el infinito, todo lo que se posea, de mercurio ordinario, a menos que éste falte.

Deseo además que sepáis otra cosa, el Mercurio no se mezcla fácilmente y jamás perfectamente, con otros cuerpos, si éstos no han sido previamente llevados a su especie natural. Por esto, cuando desees unir el Mercurio al Sol o a la Luna del vulgo, necesitarás, ante todo, llevar esos metales a su especie natural, que es el mercurio ordinario, y esto con ayuda del lazo de amor natural; entonces el macho se une a la hembra.

Asimismo, nuestro Mercurio es activo, cálido y seco mientras que el Mercurio vulgar es frío, húmedo y pasivo como la hembra que permanece en la casa en un calor moderado hasta el obscurecimiento. Entonces, esos dos mercurios se vuelven negros como el carbón; ahí está el secreto de la verdadera disolución. Después se unen entre sí de tal modo que es imposible separarlos. Se presentan entonces bajo la forma de un polvo muy blanco, y engendran hijos machos y hembras por el verdadero lazo del amor. Esos hijos se multiplicarán hasta el infinito, según su especie; porque de una onza de ese polvo, polvo de proyección, elixir blanco o rojo, harás Soles en número infinito, y transmutarás en Luna toda clase de metal salido de una mina.

CAPÍTULO II

EXTRACCIÓN DEL MERCURIO DEL CUERPO PERFECTO

Toma una onza de cal de Luna copelada, calcínala según la manera descrita al final de nuestra obra sobre el Magisterio. Esta cal será reducida enseguida a polvo fino sobre una placa de pórfido. Embeberás este polvo, dos, tres, cuatro veces al día con buen aceite de tártaro preparado de la forma descrita al final de esta obra; después harás secar al sol. Continuarás así hasta que dicha cal haya absorbido cuatro o cinco partes de aceite, tomando por unidad la cantidad de cal; pulverizarás el polvo sobre el pórfido como se ha dicho, después de haberlo desecado, porque entonces se reduce más fácilmente a polvo. Cuando haya sido bien porfirizada, se le introducirá en un matraz de cuello largo. Agregaréis nuestro menstuo hediondo hecho con dos partes de vitriolo rojo y una parte de salitre; de antemano habréis destilado ese menstuo siete veces y le habréis rectificado bien, separándolo de sus impurezas terrosas, de manera que, al final, dicho menstuo sea completamente esencial. Entonces se cerrará perfectamente el matraz, se le pondrá al fuego de cenizas, con algunos carbones, hasta que se vea la materia hervir y disolverse. Finalmente se destilará sobre las cenizas hasta que todo el menstuo haya pasado, y se aguardará a que la materia se enfríe.

Cuando el recipiente esté completamente enfriado, se le abrirá, y la materia será colocada en otro vaso bien limpio, provisto de su capitel perfectamente cerrado. Se coloca todo sobre cenizas en un horno. En cuanto la masilla del cierre esté seca, se calentará primero suavemente hasta que toda el agua de la materia sobre la cual se opera haya pasado al recipiente. Después se aumenta el fuego para desecar por completo la materia y exaltar los espíritus hediondos que pasarán al capitel y de allí al recipiente. Cuando veréis llegar la operación a este punto, dejaréis enfriar el vaso disminuyendo poco a poco el fuego. Ya frío el matraz, retiraréis de él la materia la cual reduciréis a polvo sutil en el pórfido. Pondréis el polvo impalpable así obtenido, en una vasija de greda bien cocida y cuidadosamente vidriada. Después le verteréis encima agua corriente hirviendo, removiendo con un palo limpio, hasta que la mezcla sea espesa como mostaza. Removed bien con la varilla hasta que veáis aparecer algunos glóbulos de mercurio en la materia; pronto habrá una cantidad bastante grande, según la que hayáis empleado de cuerpo perfecto, es decir, de Luna. Y hasta que tengáis una gran cantidad, echadle de vez en cuando agua hirviendo y removed hasta que toda la materia se reduzca a un cuerpo semejante al mercurio vulgar. Se quitarán las

impurezas terrosas con agua fría, se secará sobre un lienzo, se pasará a través de una piel de gamuza. Y entonces veréis cosas admirables.

CAPÍTULO III

DE LA MULTIPLICACIÓN DE NUESTRO MERCURIO

En nombre del Señor. Amén.

Tomad tres gruesas¹⁰ de Luna pura en láminas tenues: haced una amalgama con ellas y cuatro gruesas de mercurio vulgar bien lavado. Cuando esté hecha la amalgama, la pondréis en un pequeño matraz que tenga un cuello de pie y medio de largo.

Tomad enseguida nuestro Mercurio extraído antes del cuerpo lunar, y ponedlo sobre la amalgama hecha con el cuerpo perfecto y el mercurio vulgar; cerrad el recipiente con la mejor pasta que sea posible y haced secar. Hecho esto, agitad fuertemente el matraz para mezclar bien la amalgama y el mercurio. Después colocad el vaso donde se halla la materia, en un hornillo sobre un fuego de algunos pocos carbones; el calor del fuego no debe ser superior al del sol cuando se encuentra en el signo del León. Un calor más fuerte destruiría vuestra materia; continuad así ese grado de fuego hasta que la materia se ponga negra como el carbón y espesa como la papilla. Mantened la misma temperatura hasta el momento en que la materia tome un color gris sombrío; cuando aparezca el gris, se aumentará el fuego en un grado y será dos veces más fuerte; se le mantendrá así hasta que la materia comience a blanquear y se ponga de una blancura

¹⁰ N. del T. En el original "gros", antigua medida usada en orfebrería. Unidad de peso equivalente a 3 denarios o 72 granos, utilizada en orfebrería (adaptado de Dictionnaire du Moyen Français (1330-1500)).

esplendorosa. Se aumentará el fuego en un grado y se le mantendrá en este tercer grado hasta que la materia se vuelva más blanca que la nieve y quede reducida a polvo más blanco y más puro que la ceniza. Entonces tendréis la Cal viva de los Filósofos y su cantera sulfurosa, que los Filósofos han ocultado tan bien.

CAPÍTULO IV

PROPIEDAD DE LA CAL DE LOS FILÓSOFOS

Esta Cal convierte una cantidad infinita de mercurio vulgar en un polvo muy blanco que puede ser reducido a plata verdadera cuando se le une a cualquier otro cuerpo como la Luna.

CAPÍTULO V

MULTIPLICACIÓN DE LA CAL DE LOS FILÓSOFOS

Toma el recipiente con la materia, agrégale dos onzas de mercurio vulgar bien lavado y seco; obtura cuidadosamente con pasta, y pon de nuevo el recipiente donde antes estaba. Regla y gobierna el fuego según los grados uno, dos y tres, como antes se explicó, hasta que todo quede reducido a un polvo muy blanco; así podrás aumentar tu Cal hasta el infinito.

CAPÍTULO VI

REDUCCIÓN DE CAL VIVA A VERDADERA LUNA

Habiendo preparado así una gran cantidad de nuestra Cal viva o cantera, toma un crisol nuevo, sin su tapa; pon en él una onza de Luna pura y cuando esté fundida le agregas cuatro onzas de tu polvo aglomerado en píldoras. Las bolitas pesarán cada una el cuarto de una onza. Se les echa una a una sobre la Luna en fusión,

continuando un fuego violento hasta que todas las píldoras estén fundidas; se aumenta aún más el fuego para que todo se mezcle perfectamente; finalmente se vierte en una lingotera¹¹.

De ese modo tendrás cinco onzas de plata fina, más pura que la natural; podrás multiplicar tu cantera física según tu deseo.

CAPÍTULO VII

DE NUESTRA GRAN OBRA AL BLANCO Y AL ROJO

Reducid a Mercurio, como se ha dicho mas arriba, vuestra Cal viva sacada de la Luna. Ese es nuestro Mercurio secreto. Tomad cuatro onzas de nuestra cal, extraed el Mercurio de la Luna como lo habéis hecho antes. Recogeréis por lo menos tres onzas de Mercurio, que pondréis en un pequeño matraz de cuello largo como se indicó. Haced después una amalgama de una onza de verdadero Sol con tres onzas de mercurio vulgar y ponedla sobre el Mercurio de la Luna. Agitad fuertemente para mezclar bien. Sellad el recipiente con pasta y ponedlo en el hornillo, regulando el fuego en el primero, el segundo y el tercer grado.

En el grado primero, la materia llegará a ser negra como el carbón; entonces se dice que hay eclipse de Sol y de Luna. Es la verdadera conjunción que produce un hijo, el Azufre, lleno de una sangre templada.

Después de esta primera operación, se prosigue con el fuego del segundo grado hasta que la materia esté gris. Después se pasa al tercer grado hasta el momento en que la materia aparezca perfectamente blanca. Se aumenta entonces el fuego hasta que la materia se ponga roja como cinabrio y quede reducida a cenizas rojas. Podrás reducir esta Cal a Sol muy puro, haciendo las mismas operaciones que para la Luna.

CAPÍTULO VIII

¹¹ N. del T. Molde metálico o de arena refractaria en donde se vierte el material fundido para que al enfriarse tome la forma de aquél (Diccionario de la Real Academia Española).

**DE LA MANERA DE CAMBIAR LA MENCIONADA PIEDRA EN UNA
MEDICINA QUE TRANSMUTA TODA CLASE DE METAL EN VERDADERO
SOL Y VERDADERA LUNA Y SOBRE TODO EL MERCURIO VULGAR EN
METAL MÁS PURO QUE EL QUE SALE DE LAS MINAS**

Después de su primera resolución, nuestra Piedra multiplica cien partes de materia preparada, y después de la segunda, mil. Se multiplica disolviendo, coagulando, sublimando y fijando nuestra materia, que de ese modo puede acrecentarse indefinidamente en cantidad y en calidad.

Coged un poco de nuestra cantera blanca, disolvedla en nuestro menstruo hediondo, que es llamado vinagre blanco en nuestro Testamentum, en el capítulo donde decimos: "Toma un poco de buen vino bien seco, pon allí la Luna, es decir, el Agua verde y C., o sea Salitre..." Pero no nos apartemos; tomad cuatro onzas de nuestra Cal viva y hacedlas disolver en nuestro menstruo; la veréis convertirse en agua verde. Aparte, en trece onzas del mismo menstruo hediondo disolveréis cuatro onzas de mercurio vulgar bien lavado, y en cuanto esté terminada la disolución, las mezclaréis las dos soluciones; ponedlas en un recipiente herméticamente cerrado, haréis digerir en estiércol de caballo durante treinta días, destilando después al baño de María hasta que no pase nada más. Volved a destilar a fuego de carbón a fin de extraer el aceite, y entonces, la materia que quedará será negra. Tomad ésta y destilad durante dos horas sobre cenizas, en un hornillo. Cuando el recipiente esté frío, abridle y echadle el agua que fue antes destilada al baño de María. Lavad bien la materia con esa agua. Destilad después el menstruo al baño de María; recoged toda el agua que pase, unidla al aceite y destilad sobre las cenizas, como se ha dicho. Repetid esta operación hasta el momento en que la materia quedará en el fondo del matraz, negra como el carbón.

Hijo de la ciencia, tendrás entonces la Cabeza de cuervo que los Filósofos han buscado tanto, sin la cual el Magisterio no puede existir. Por eso, ioh, hijo mío!, recuerda la divina Cena de Nuestro Señor Jesucristo que murió, fue sepultado, y el tercer día volvió a la luz en la tierra eterna. Aprende, ioh, hijo mío!, que nadie puede vivir si antes no ha muerto. Toma, por tanto, tu cuerpo negro, calcínalo en el mismo matraz durante tres días y deja después enfriar.

Ábrele y encontrarás una tierra esponjosa y muerta, que conservarás hasta que sea necesario unir el cuerpo al alma.

Tomarás el agua que fue destilada al baño de María y la destilarás varias veces seguidas, hasta que se encuentre bien purificada y reducida a materia cristalina.

Empapa entonces tu cuerpo, que es la Tierra negra, con su propia agua, regándola poco a poco y calentando todo, hasta que el cuerpo se vuelva blanco y resplandeciente. El agua que vivifica y clarifica ha penetrado en el cuerpo. Habiendo sido sellado el matraz, calentarás violentamente durante doce horas, como si quisieras sublimar el mercurio vulgar. Enfriado el recipiente, le abrirás y hallarás en él tu materia sublimada, blanca; es nuestra Tierra Sellada, es nuestro cuerpo sublimado, elevado a una alta dignidad, es nuestro Azufre, nuestro Mercurio, nuestro Arsénico, con el cual volverás a calentar nuestro Oro; es nuestro fermento, nuestra cal viva, y engendra en sí al Hijo del fuego que es el Amor de los filósofos.

CAPÍTULO IX

MULTIPLICACIÓN DEL SUSODICHO AZUFRE

Pon esta materia en un matraz fuerte y viértele encima una amalgama hecha con la Cal viva de la primera operación, la que redujéramos a plata. Esa amalgama se hace con tres partes de mercurio vulgar y una parte de nuestra Cal; mezclaréis y calentaréis sobre las cenizas. Veréis la materia agitarse; aumentaréis entonces el fuego y a las cuatro horas la materia se volverá sulfurosa y muy blanca. Cuando haya sido fijada, coagulará y fijará al Mercurio; una onza de materia convertirá cien onzas de Mercurio en verdadera Medicina; enseguida actuará sobre mil onzas, y así sucesivamente hasta el infinito.

CAPÍTULO X

FIJACIÓN DEL AZUFRE MULTIPLICADO

Se cogerá el Azufre multiplicado, se le pondrá en un matraz y se verterá encima el aceite que se apartó luego de la separación de los elementos.

Se verterá aceite hasta que el Azufre quede blando. Después se pondrá a fundir sobre las cenizas, calentando en segundo y tercer grados, hasta la blancura inclusive. Entonces se abrirá el recipiente y se encontrará una placa cristalina, blanca. Para probarla, pon un fragmento sobre una lámina caliente, y si corre sin

producir humo, está bien. Entonces proyecta una parte de ella sobre mil de mercurio y éste será completamente transmutado en Plata. Mas si la Medicina hubiese sido infusible y no hubiese corrido, ponla en un crisol y viértele aceite encima, gota a gota, hasta que la Medicina corra como la cera, y entonces será perfecta y transmutará mil partes de mercurio y más hasta el infinito.

CAPÍTULO XI

REDUCCIÓN DE LA MEDICINA BLANCA A ELIXIR ROJO

En nombre del Señor, toma cuatro onzas de la lámina antes mencionada Y disuélvela en el Agua de la Piedra, que has conservado. Cuando esté concluida la disolución, pon a fermentar al baño de María durante nueve días. Entonces toma dos partes en peso de nuestra Cal roja y agrégalas en el recipiente; pondrás a fermentar de nuevo durante nueve días. En seguida destilarás al baño de María en un alambique; después sobre las cenizas, regulando el fuego en el primer grado hasta el momento en que la materia se ponga negra. Esa es nuestra segunda disolución y nuestro segundo eclipse de Sol con la Luna, ése es el signo de la verdadera disolución y de la conjunción del mucho con la hembra

Aumenta el fuego hasta el segundo grado, de modo que la materia se ponga amarilla. Enseguida se elevará el fuego al cuarto grado hasta que la materia se funda como la cera y tome un color jacinto. Entonces es una materia noble y una medicina real que prontamente cura todas las enfermedades; transmuta toda clase de metal en oro puro, mejor que el oro natural.

Ahora, demos gracias al Salvador glorioso que en la gloria de los cielos reina uno y tres en la eternidad.

CAPÍTULO XII

RESUMEN DEL MAGISTERIO

Hemos demostrado que todo lo que encierra este tratado es verdadero, porque hemos visto con nuestros propios ojos, hemos operado nosotros mismos y hemos tocado con nuestras propias manos. Vamos ahora, sin alegorías y brevemente, a resumir nuestra Obra.

Tomamos pues la Piedra que hemos dicho, la sublimamos con ayuda de la naturaleza y del arte, la reducimos a Mercurio. A este Mercurio se agrega el Cuerpo blanco que es de una naturaleza semejante, y se cuece hasta que se haya preparado la verdadera cantera.

Esta cantera se multiplicará a vuestro deseo. La materia será reducida de nuevo a Mercurio, que disolveréis en nuestro Menstruo hasta que la Piedra se haga volátil y separada de todos sus elementos. Finalmente, se purificará perfectamente el cuerpo y el alma. Un calor natural y moderado permitirá a continuación obtener la conjunción del cuerpo y del alma. La Piedra se convertirá en cantera; se continuará el fuego hasta que la materia se ponga blanca, entonces la denominamos Azufre y Mercurio de los Filósofos; entonces es cuando, por la violencia del fuego, lo fijo se hace volátil, mientras lo volátil se habrá despojado de sus principios groseros y se habrá sublimado más blanco que la nieve. Se tirará lo que como residuo quedó en el fondo del recipiente, porque no sirve para nada. En seguida tomad nuestro Azufre, que es el aceite del cual ya se habló, y le multiplicaréis en el alambique hasta que sea reducido a un polvo más blanco que la nieve. Se fijarán los polvos multiplicados por la naturaleza y el arte, con Agua, hasta que por acción del fuego, se fundan como cera sin humo.

Entonces hay que añadir el agua de la primera disolución; una vez disueltos, se agregará algo amarillo, que es el oro, se unirá y se destilará todo el espíritu. Finalmente, se calentará en el primero, segundo, tercero y cuarto grados, hasta que el calor haga aparecer el verdadero color jacinto, y que la materia fija sea fusible. Proyectarás esta materia sobre mil partes de mercurio vulgar y será transmutado en oro fino.

CAPÍTULO XIII

CALCINACIÓN DE LA LUNA PARA LA OBRA

Tomad una onza de Luna fina, copelada, y tres onzas de mercurio. Amalgamad, calentando primeramente la plata en láminas en un crisol y agregando enseguida el

mercurio; removed con una varilla, siempre calentando bien. Enseguida se pondrá esta amalgama en vinagre con sal; se molerá todo con una moleta¹² en un mortero de madera, lavando y quitando las impurezas. Se suspenderá cuando la amalgama sea perfecta. Después se lavará con agua ordinaria caliente y limpia, y finalmente se pasará a través de un lienzo bien limpio.

Lo que quede en el lienzo será la parte más esencial del cuerpo, y se le mezclará con tres partes de sal, moliéndolo bien y lavándolo. Después se calcinará durante doce horas. Se molerá de nuevo con sal, y esto por tres veces, renovando cada vez la sal. Entonces se pulverizará la materia de forma que se obtenga un polvo impalpable; se lavará con agua caliente hasta que haya desaparecido todo sabor salado. Finalmente, se pasará a través de un filtro de algodón, se secará, y se tendrá la Cal blanca. Se la pondrá aparte, para servirse de ella cuando haga falta, por temor de que la humedad la altere.

CAPÍTULO XIV

PROCEDIMIENTO PARA PREPARAR EL ACEITE DE TÁRTARO

Tomad buen tártaro, cuya factura sea brillante, calcinadle en el hornillo de reverbero durante diez horas; enseguida le pondréis sobre una placa de mármol, después de haberlo pulverizado, y le dejaréis en un lugar húmedo, y se convertirá en un líquido aceitoso. Cuando esté completamente licuado, se le pasará a través de un filtro de algodón. Le conservaréis cuidadosamente; os servirá para hacer la imbibición de vuestra cal.

CAPÍTULO XV

MENSTRUO HEDIONDO PARA REDUCIR NUESTRA CAL VIVA A MERCURIO, DESPUÉS DE HABERLA DISUELTO, UNA VEZ QUE HAYA SIDO EMBEBIDA CON ACEITE DE TÁRTARO

Tomad dos libras de vitriolo, una libra de salitre y tres onzas de cinabrio. Se enrojece el vitriolo, se le pulveriza, después se agrega el salitre y el cinabrio; se muelen juntas todas estas materias y se ponen en un aparato destilador bien cerrado.

¹² N. del T. Piedra o guijarro, comúnmente de mármol, que se emplea para moler drogas, colores, etc. (Diccionario de la Real Academia Española)

Primeramente se destila a fuego lento, lo cual es imprescindible, como lo saben quienes han hecho esta operación. El agua destilará, abandonando sus impurezas, que permanecerán en el fondo del calderete, y tendréis así un excelente menstuo.

CAPÍTULO XVI

OTRO MENSTRUO PARA SERVIR DE DISOLVENTE A LA PIEDRA

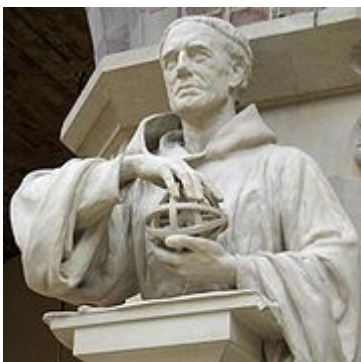
Tomad tres libras de vitriolo romano rojo, una libra de salitre, tres onzas de cinabrio; moled todas esas materias juntas sobre el mármol. Ponedlas después en un matraz grande y sólido, agregadle Aguardiente rectificado siete veces, cerrad después herméticamente el recipiente y metedlo durante quince días en estiércol de caballo. A continuación se destilará suavemente para que toda el agua pase al recipiente. Después se aumentará el fuego hasta que el capitel se ponga rojo blanco; se dejará enfriar. Se retirará el recipiente que se cerrará perfectamente con cera y se le guardará. Observad que este menstuo deberá ser rectificado siete veces, arrojando cada vez el residuo. Sólo después de eso será útil para la Obra.

**ROGERII BACHONIS
SPECULUM ALCHEMAE**

**ROGER BACON
ESPEJO DE ALQUIMIA**



RESEÑA BIOGRÁFICA SOBRE ROGER BACON



Roger Bacon nació en 1214 en Ilcester, condado de Somerset. Hizo sus primeros estudios en Oxford, y fue luego a París a tomar los títulos de magister y de doctor en teología. De regreso en Inglaterra, ingresó en la Orden de los Franciscanos hacia 1240. Aprendió el griego, árabe, hebreo para leer los antiguos autores en sus textos. Adquirió así una prodigiosa erudición. Volvió nuevamente a París, que la ofrecía más facilidades para sus estudios. Sus superiores ignorantes, espantados de su ciencia, comenzaron a perseguirlo. Clemente IV, que lo admiraba, quedó impotente para protegerlo y Bacon debió ocultarse de sus superiores para escribir y enviar al Papa la *Opus majus*. Nicolás III sucedió a Clemente IV. Es bajo este pontífice que Jerónimo

d'Esculo, general de los franciscanos, de paso por París, hizo encerrar a Roger Bacon, acusándolo de magia y de herejía. Jerónimo d'Esculo, fue él mismo elegido Papa bajo el nombre de Nicolás IV, y Roger Bacon perdía toda esperanza de salir alguna vez de su celda cuando Raymond Gaufredi fue nombrado general de los Franciscanos. Hombre refinado y sabio, Raymond hizo poner en libertad a Roger Bacon y varios otros franciscanos. Bacon regresó a Inglaterra, pero había sufrido demasiado y estaba demasiado viejo para retomar sus queridos estudios. Murió en Oxford en 1294; en su lecho de muerte dejó escapar estas tristes palabras: "¡Me arrepiento de haberme tomado tanto trabajo en pro de la ciencia!".

Las obras de R. Bacon relativas a la alquimia han sido reunidas en una recopilación titulada: *Rogerii Baconis Thesaurus chemicus*, un Vol. in-8e. Francofurti, 1603 y 1620. Lista de los tratados de Roger Bacon: *Alchimia major*, *Breviarium de dono Dei*, *De leone viridi*, *Secretum secretorum*, *Speculum alchemiae*, *Epistola de secretis operibus artis et naturae ac nullitate magiae*.

El presente tratado se encuentra en latín en la *Bibliotheca chemica mangeli*, en el *Thesaurus chemicus*, en el tomo II del *Theatrum chemicum*, es según este texto que se ha hecho la presente traducción. Es un tratado de alquimia especulativa o teórica.

PEQUEÑO TRATADO DE ALQUIMIA DE ROGER BACON TITULADO ESPEJO DE ALQUIMIA

PREFACIO

En sus escritos los Filósofos se han expresado de muchas maneras diferentes, pero siempre enigmáticas. Nos han legado una ciencia noble entre todas, pero completamente velada para nosotros por su lenguaje nebuloso, enteramente oculto bajo un impenetrable velo. Y, sin embargo, han tenido razón para obrar así. De suerte que os conjuro para que ejercitéis con perseverancia vuestra mente sobre estos siete capítulos que encierran el arte de transmutar los metales, sin inquietaros por los escritos de los demás filósofos. Repasad mentalmente y con frecuencia su comienzo, su medio, su final, y hallaréis en ellos invenciones tan sutiles que vuestra alma se sentirá llena de alegría.

CAPÍTULO I

DEFINICIONES DE ALQUIMIA

En algunos manuscritos antiguos, se encuentran de este arte varias definiciones, de las cuales interesa que hablemos aquí. Hermes dice: "La Alquimia es la ciencia inmutable que trabaja sobre los cuerpos con ayuda de la teoría y de la experiencia, y que, por una conjunción natural, los transforma en una especie superior más preciosa". Otro filósofo ha dicho: "La Alquimia enseña a transmutar toda especie de metal en otra, esto con ayuda de una Medicina particular, como puede verse por los numerosos escritos de los filósofos". Por eso digo: "La Alquimia es la ciencia que enseña a preparar una cierta Medicina o elixir, la cual, siendo proyectada sobre los metales imperfectos, les da la perfección en el instante mismo de la proyección".

CAPÍTULO II

DE LOS PRINCIPIOS NATURALES Y DE LA GENERACIÓN DE LOS METALES

Voy a hablar aquí de los principios naturales y de la generación de los metales. Ante todo, tomad nota de que los principios de los metales son el Mercurio y el Azufre; estos dos principios han dado nacimiento a todos los metales y a todos los minerales, de los que existe sin embargo un gran número de especies diferentes. Digo además, que la naturaleza tuvo siempre por fin y se esfuerza sin cesar, para llegar a la perfección, al oro. Mas a consecuencia de diversos accidentes que dificultan su marcha, nacen las variedades metálicas, como lo han expuesto claramente varios filósofos.

Según la pureza o impureza de los dos principios componentes, es decir, del Azufre y del Mercurio, se producen metales perfectos o imperfectos: el oro, la

plata, el estaño, el plomo, el cobre, el hierro. Ahora, recoge piadosamente estas enseñanzas sobre la naturaleza de los metales, sobre su pureza o impureza, su pobreza o su riqueza en principios.

Naturaleza del Oro: El Oro es un cuerpo perfecto, compuesto de un Mercurio puro, fijo, brillante, rojo y de un Azufre puro, fijo, rojo y no combustible. El Oro es perfecto.

Naturaleza de la Plata: Es un cuerpo puro, casi perfecto, compuesto de un Mercurio puro, casi fijo, brillante, blanco. Su Azufre tiene las mismas cualidades. No le falta a la Plata sino un poco más de fijeza, de color y de peso.

Naturaleza del estaño: Es un cuerpo puro, imperfecto, compuesto de un Mercurio puro, fijo y volátil, brillante, blanco en el exterior, rojo en el interior. Su Azufre tiene las mismas cualidades. Sólo le falta al estaño ser un poco más cocido y digerido.

Naturaleza del plomo: Es un cuerpo impuro e imperfecto, compuesto de un Mercurio impuro, inestable, terrestre, pulverulento, ligeramente blanco al exterior, rojo al interior. Su Azufre es semejante y además combustible. Al plomo le falta la pureza, la fijeza y el color; no está bastante cocido.

Naturaleza del cobre: El cobre es un metal impuro e imperfecto, compuesto por un Mercurio impuro, inestable, terrestre, combustible, rojo, sin esplendor. Igual es su Azufre. Le falta al cobre la fijeza, la pureza, el peso. Contiene demasiado color impuro y partes terrosas incombustibles.

Naturaleza del hierro: El hierro es un cuerpo impuro, imperfecto, compuesto por un Mercurio impuro, demasiado fijo, que contiene partes terrosas combustibles, blanco y rojo, pero sin brillo. Le faltan la fusibilidad, la pureza, el peso; contiene demasiado Azufre fijo impuro y partes terrosas combustibles.

Todo alquimista debe tener en cuenta lo que precede.

CAPÍTULO III

DE DÓNDE DEBE EXTRAERSE LA MATERIA PRÓXIMA AL ELÍXIR

En lo que precede se ha determinado suficientemente la génesis de los metales perfectos e imperfectos.

Ahora vamos a trabajar para volver pura y perfecta la materia imperfecta. De los capítulos precedentes se desprende que todos los metales están compuestos de Mercurio y de Azufre, que la impureza y la imperfección de los componentes se vuelve a encontrar en el compuesto; como a los metales no se les puede agregar sino sustancias sacadas de ellos mismos, se deduce que ninguna materia extraña puede servirnos, pero que todo lo que se halla compuesto de los dos principios, basta para perfeccionar e incluso transmutar a los metales.

Es muy sorprendente ver a personas, hábiles sin embargo, trabajar sobre los animales, que constituyen una materia muy alejada, cuando tienen a mano en los minerales una materia suficientemente próxima. No es imposible que un filósofo haya colocado a la Obra en esas materias alejadas, pero lo habrá hecho por alegoría.

Dos principios componen todos los metales y nada puede agregarse, unirse a los metales o transformarlos, si en sí mismo no está compuesto de los dos principios. Por eso que el razonamiento nos obliga a usar como Materia de nuestra Piedra al Mercurio y al Azufre.

El Mercurio solo o el Azufre solo no pueden engendrar los metales, pero por su unión dan nacimiento a los diversos metales y a numerosos minerales. Por tanto, es evidente que nuestra Piedra debe nacer de esos dos principios.

Nuestro secreto último es muy precioso y muy oculto: ¿sobre qué materia mineral, próxima entre todas, debe obrarse directamente? Estamos obligados a escoger con cuidado. Supongamos, ante todo, que sacamos nuestra materia de los vegetales: hierbas, árboles y todo lo que nace de la tierra. Será necesario extraer de ellos el Mercurio y el Azufre por medio de una prolongada cocción, operaciones que rechazamos, puesto que la naturaleza nos ofrece Mercurio y Azufre hechos.

Si hubiéramos elegido los animales, nos habría sido necesario trabajar sobre la sangre humana, cabellos, orina, excrementos, huevos de gallina, en fin, todo aquello que se puede sacar de los animales. Además, en tal caso, nos haría falta

extraer por la cocción el Mercurio y el Azufre. Recusamos esas operaciones por nuestra primera razón. Si hubiésemos elegido los minerales mixtos, tales como las diversas especies de magnesias, marcasitas, atutías¹³, caparrosas¹⁴ o vitriolos, alumbres, bórax, sales, etc., sería igualmente necesario extraer de ellos el Mercurio y el Azufre por cocción, lo cual rechazamos por las mismas razones ya citadas. Si eligiéramos uno de los siete espíritus, como el Mercurio solo, o el Azufre solo, o bien el Mercurio y uno de los dos azufres, o bien el azufre natural, o el oropimente¹⁵ o el arsénico amarillo, o el arsénico rojo, no podríamos perfeccionarlos, porque la naturaleza no perfecciona sino la mezcla determinada de los dos principios. No podemos actuar mejor que la naturaleza, y necesitaríamos extraer de esos cuerpos el Azufre y el Mercurio, lo cual rechazamos como se dijo más arriba.

Finalmente, si tomamos los dos principios mismos, nos haría falta mezclarlos según una cierta proporción inmutable, desconocida al espíritu humano, y en seguida cocerlos hasta que estuviesen coagulados en una masa sólida.

Es por esto que rechazamos la idea de tomar los dos principios separados, es decir, el Azufre y el Mercurio, porque ignoramos su proporción y porque hallaremos cuerpos en los cuales los dos principios están unidos en justas proporciones, coagulados e incorporados según las reglas.

Oculto bien este secreto: El Oro es un cuerpo perfecto y macho sin superfluidad ni pobreza. Si perfeccionase a los metales imperfectos fundidos con él, sería el elixir rojo. La plata es también un cuerpo casi perfecto y hembra, y si por simple fusión hiciera casi perfecto a los metales imperfectos, sería el elixir blanco. Lo cual no es ni puede ser, porque esos cuerpos son perfectos en un solo grado. Si su perfección fuese comunicable a los metales imperfectos, estos últimos no se perfeccionarían y los metales perfectos resultarían manchados por el contacto de

¹³ N. del T. Atutía (del árabe hispánico: atutía) = óxido de cinc impurificado (tomado del Diccionario de la Real Academia Española).

¹⁴ N. del T. Caparrosa = sulfatos nativos de cobre, fierro o cinc. (tomado del Diccionario de la Real Academia Española).

¹⁵ N. del T. Del francés orpiment, a su vez derivado del latín *Auri Pigmentum*. Se trata del trisulfuro de arsénico natural, de color amarillo vivo o anaranjado, utilizado en pintura y en diversas industrias (tomado del Diccionario Trésor del Centre de Ressources Textuelles et Lexicales). Tenía un significado más confuso para los antiguos, relacionado con la tintura dorada (según Berthelot, *Orig. alchim.*, 1885, p.244).

los imperfectos. Pero si fuesen más que perfectos, el doble, el cuádruplo, o el céntuplo, etc., entonces podrían perfeccionar a los imperfectos.

La naturaleza obra siempre sencillamente, por eso en ellos la perfección es sencilla, indivisible y no transmisible. No podrían entrar en la composición de la Piedra, como fermentos para abreviar la obra; en efecto, se reducirán a sus elementos, porque la cantidad de volátil sería mayor que la cantidad de lo fijo.

Y a causa de que el oro es un cuerpo perfecto compuesto de un Mercurio rojo, brillante y de un Azufre semejante, no lo tomaremos como materia de la Piedra para el elixir rojo; porque es demasiado simplemente perfecto, sin perfección sutil; es demasiado bien cocido y digerido naturalmente, y apenas si podemos trabajarlo con nuestro fuego artificial: lo mismo sucede con la plata.

Cuando la naturaleza perfecciona alguna cosa, no sabe sin embargo purificarla, perfeccionarla íntimamente, porque obra con sencillez. Si escogiésemos el oro o la plata, podríamos con mucho trabajo encontrar un fuego capaz de obrar en ellos. Aunque conozcamos ese fuego, no podemos a pesar de todo, llegar a la purificación perfecta, a causa de la potencia de sus lazos y a su armonía natural; de suerte que rechazamos el oro para el elixir rojo, la plata para el elixir blanco. Encontraremos cierto cuerpo compuesto de Mercurio y de Azufre suficientemente puros, sobre los cuales la naturaleza haya trabajado poco.

Nos alabamos de perfeccionar semejante cuerpo con nuestro fuego artificial y el conocimiento del arte. Lo someteremos a una cocción conveniente, purificándolo, coloreándolo y fijándolo de acuerdo a las reglas del arte. Por tanto, es necesario elegir una materia que contenga un Mercurio puro, claro, blanco y rojo, no del todo perfecto, mezclado igualmente, en las requeridas proporciones y según las reglas, con un Azufre semejante a él. Esta materia debe ser coagulada en una masa sólida y de manera tal que con la ayuda de nuestra ciencia y nuestra prudencia, podamos llegar a purificarla íntimamente, a perfeccionarla con nuestro fuego, y transformarla de tal modo que al final de la Obra sea millares de miles de veces más pura y más perfecta que los cuerpos ordinarios cocidos por el calor natural.

Sé, pues, prudente; porque si has ejercido la sutileza y diafanidad de tu mente en estos capítulos donde te he revelado manifiestamente el conocimiento de la

Materia, ahora posees esa cosa, inefable y deleitable, objeto de todos los deseos de los filósofos.

CAPÍTULO IV

DEL MODO DE REGULAR EL FUEGO Y MANTENERLO

Si no tienes la cabeza demasiado dura, si tu mente no se ha envuelto completamente con el velo de la ignorancia y de la ininteligencia, puedo creer que en los precedentes capítulos has encontrado la verdadera Materia de los Filósofos, materia de la Piedra Bendita de los Sabios, en la cual la Alquimia va a actuar con el fin de perfeccionar los cuerpos imperfectos con ayuda de cuerpos más que perfectos. La naturaleza no ofreciéndonos más que cuerpos perfectos o imperfectos, nos hace necesario convertir con nuestro trabajo en indefinidamente perfecta la Materia nombrada más arriba.

Si ignoramos el modo de obrar, ¿cuál es la causa, si no es que no observamos cómo la naturaleza perfecciona cada día a los metales? ¿No vemos que en las minas los elementos groseros se cuecen de tal modo y se espesan tanto por el calor constante existente en las montañas, que con el tiempo se transforman en Mercurio? ¿Que el mismo calor, la misma cocción transforma las partes grasas de la tierra en Azufre? ¿Que este calor, aplicado largo tiempo a esos dos principios, engendra según su pureza o su impureza, todos los metales? ¿No vemos que la naturaleza produce y perfecciona todos los metales sólo por la cocción? ¡Oh, locura infinita!, ¿quién, pues, os lo preguntó?, ¿quién os obliga a querer hacer la misma cosa con ayuda de procedimientos raros y fantásticos? Por eso ha dicho un filósofo: "Desdichados de vosotros que deseáis sobrepasar a la naturaleza y hacer más que perfectos los metales por un nuevo procedimiento, fruto de vuestra insensata testarudez. Dios ha dado a la Naturaleza leyes inmutables, es decir, que debe obrar por cocción continua, y vosotros, insensatos, la despreciáis o no sabéis imitarla". Dijo también: "El fuego y el azoth deben bastarte". Y en otro pasaje: "El calor perfecciona todo". Y también: "Es preciso cocer, cocer y recocer y no fatigarse de ello". Y en diferentes pasajes: "Que vuestro fuego sea tranquilo y suave, que se mantenga así todos los días, siempre uniforme, sin debilitarse, si no eso causará gran perjuicio. - Sé paciente y perseverante. - Muele siete veces. - Sabe que todo nuestro Magisterio se hace de una cosa: la Piedra; de una sola manera, cociendo y en un solo recipiente. - El fuego desmenuza. - La Obra es semejante a la creación del hombre. En la infancia se le

nutre con alimentos ligeros, después, cuando sus huesos se han fortalecido, el alimento es más fortificante; del mismo modo, nuestro Magisterio es sometido primeramente a un fuego ligero con el cual hay que obrar siempre durante la cocción. Pero aunque hablemos sin cesar de fuego moderado, no obstante, queremos subentendemos que en el régimen de la Obra hay que aumentarlo poco a poco y por grado hasta el fin.

CAPÍTULO V

DEL RECIPIENTE Y DEL HORNILLO

Acabamos de determinar el modo de obrar, ahora hablaremos del recipiente y del hornillo, o sea cómo y con qué deben ser hechos. Cuando la naturaleza cuece los metales en las minas con ayuda del fuego natural, no puede llegar a ello sino empleando un recipiente adecuado a la cocción. Nos proponemos imitar a la naturaleza en el régimen del fuego, entonces imitémosla también para el recipiente. Examinamos el lugar donde se elaboran los metales. Ante todo, vemos manifiestamente en una mina, que bajo la montaña hay fuego, que produce un calor igual y cuya naturaleza es de aumentar sin cesar. Al elevarse, deseca y coagula el agua espesa y grosera contenida en las entrañas de la tierra, y la transforma en Mercurio. Las partes minerales untuosas¹⁶ de la tierra, son cocidas, reunidas en las venas de la tierra y corren a través de la montaña, engendrando el Azufre. Como puede observarse, en los filones de las minas, el Azufre nacido de las partes untuosas de la tierra, encuentra al Mercurio. Entonces tiene lugar la coagulación del agua metálica. Como el calor continúa actuando en la montaña, los diferentes metales aparecen después de un tiempo muy largo. En las minas se observa una temperatura constante; de ello podemos deducir que la montaña que encierra minas está perfectamente cerrada con rocas por todos sus lados; porque, si el calor pudiese escaparse, no nacerían jamás los metales.

Por tanto, si queremos imitar a la naturaleza, es absolutamente preciso que tengamos un hornillo semejante a una mina, no por su tamaño, sino por una particular disposición, de modo que el fuego colocado en el fondo no halle salida para escaparse cuando suba, de suerte que el calor sea reverberado sobre el recipiente, cuidadosamente cerrado, que encierra la materia de la Piedra.

¹⁶ N. del T. Untuoso = graso y pegajoso (Diccionario de la Real Academia Española).

El recipiente debe ser redondo, con un pequeño cuello. Ha de ser de vidrio o de una tierra tan resistente como el vidrio; se le cerrará herméticamente con una tapa y asfalto. En las minas, el fuego no está en contacto inmediato con la materia del Azufre y del Mercurio; ésta se encuentra separada por la tierra de la montaña. De igual modo el fuego no debe ser aplicado directamente al recipiente que contiene la Materia, sino que es necesario colocar dicho vaso en otra vasija cerrada con tanto cuidado como la primera, de tal modo que un calor igual actúe sobre la Materia, por arriba, por abajo, y en todos los sitios en que sea necesario. Por eso Aristóteles dice en la Luz de las Luces, que el Mercurio debe ser cocido en un triple recipiente de vidrio muy duro, o, lo que es mejor aún, de tierra que posea la dureza del vidrio.

CAPÍTULO VI

DE LOS COLORES ACCIDENTALES Y ESENCIALES QUE APARECEN DURANTE LA OBRA

Habiendo elegido la Materia de la Piedra, conoces además la manera segura de obrar, sabes con la ayuda de qué método se hace que aparezcan los diversos colores al cocer la Piedra. Un filósofo ha dicho: "Tantos colores, tantos nombres. Para cada nuevo color que aparece en la Obra, los Alquimistas han inventado un nombre diferente. Así, a la primera operación de nuestra Piedra, se le ha dado el nombre de putrefacción, porque nuestra Piedra es entonces negra". "Cuando hayas encontrado la negrura, -dice otro filósofo-, sabe que en esa negrura se oculta la blancura, y es preciso que se la extraiga".

Después de la putrefacción, la piedra enrojece y acerca de ello se ha dicho: "Con frecuencia la piedra enrojece, amarillea y se licua, coagulándose después, antes de la verdadera blancura. Se disuelve, se putrifica, se coagula, se mortifica, se vivifica, se ennegrece, se blanquea, se adorna de rojo y de blanco, todo esto por sí misma".

También puede ponerse verde, porque un filósofo ha dicho: "Cuece hasta que aparezca un niño verde, es el alma de la piedra". Otro dijo: "Sabed que es el alma lo que domina durante el verdor".

También aparecen antes de la blancura los colores del pavo real; un filósofo habla de eso en estos términos: "Sabed que todos los colores existentes en el Universo

o que uno pueda imaginar, aparecen antes de la blancura, sólo después viene la verdadera blancura. El cuerpo será cocido hasta que se vuelva brillante como los ojos de los pescados y entonces la piedra se coagulará en la circunferencia".

"Cuando veas aparecer la blancura en la superficie del recipiente -dice un sabio- puedes estar seguro de que bajo esta blancura se oculta el rojo; tienes que extraerlo, y para eso cuece hasta que todo esté rojo." Finalmente, hay entre el rojo y el blanco un cierto color ceniciento, del cual se ha dicho: "Después de la blancura, ya no puedes equivocarte, porque aumentando el fuego llegarás a un color grisáceo". "No desprecies la ceniza -dice un Filósofo-, porque con la ayuda de Dios, se licuará." Por último, aparece el Rey coronado con la diadema roja, SI DIOS LO PERMITE.

CAPÍTULO VII

MANERA DE HACER LA PROYECCIÓN SOBRE LOS METALES IMPERFECTOS

Como había prometido, he tratado hasta el fin nuestra Gran Obra, Magisterio bendito, preparación de los elixires blanco y rojo. Ahora vamos a hablar de la manera de hacer la proyección, complemento de la Obra, esperado y deseado con impaciencia. El elixir rojo pone amarillos hasta el infinito y transforma en oro puro a todos los metales. El elixir blanco blanquea hasta el infinito y da a los metales la blancura perfecta. Pero es menester saber que hay metales más alejados que otros de la perfección e, inversamente, los hay más próximos. Aunque todos los metales sean igualmente llevados a la perfección por el Elixir, los que están más próximos se vuelven perfectos más rápidamente, más completamente, más íntimamente que los otros. Cuando hayamos encontrado el metal más próximo, apartaremos los demás. Ya he dicho cuáles son los metales cercanos y alejados, y cuál es el más próximo a la perfección. Si eres suficientemente sabio e inteligente, lo encontrarás en un capítulo precedente, indicado sin rodeos, señalado con certeza. Está fuera de duda que quien ha ejercitado su mente en este Espejo, encontrará por medio de su trabajo la verdadera Materia, y sabrá sobre qué cuerpo conviene hacer la proyección del Elixir para llegar a la perfección.

Nuestros precursores, que han encontrado todo en este arte sólo por su filosofía, nos enseñan suficientemente y sin alegoría el camino recto, cuando dicen:

"Naturaleza contiene a Naturaleza, Naturaleza se alegra con Naturaleza, Naturaleza domina a Naturaleza y se transforma en las demás Naturalezas". Lo semejante se acerca a lo semejante, porque la similitud es una causa de atracción; hay filósofos que acerca de eso nos han transmitido un secreto notable. Aprende que la naturaleza se difunde rápidamente en su propio cuerpo, y en cambio no se le puede unir con un cuerpo extraño. De igual modo el alma penetra rápidamente en el cuerpo que le pertenece, mas sería en vano si tú quisieras hacerle entrar en otro cuerpo.

La similitud es bastante chocante; los cuerpos, en la Obra, se hacen espirituales, y recíprocamente los espíritus se vuelven corporales; el cuerpo fijo se ha vuelto espiritual. Ahora bien, como el Elixir, rojo o blanco, ha sido llevado más allá de lo que su naturaleza permitía, no es asombroso que no sea miscible en los metales en fusión, cuando uno se contenta con proyectarlo allí. De este modo sería imposible transmutar mil partes por una. Voy entonces a comunicaros un grande y raro secreto: hay que mezclar una parte de Elixir con mil de metal más próximo y encerrarlo todo en un recipiente adecuado a la operación, sellar herméticamente y ponerlo en el hornillo para fijarlo. Al comienzo calentad con lentitud, aumentad gradualmente el fuego durante tres días hasta una perfecta unión. Es obra de tres días. Entonces puedes repetir proyectando una parte de este producto sobre mil de metal próximo, y se efectuará la transmutación. Para esto te bastará un día, una hora, un momento. Alabemos, por tanto, a nuestro Dios, siempre admirable, en la Eternidad.

**PARACELSI
THESAURUS THESAURORUM
ALCHIMISTORUM**

**PARACELSO
EL TESORO DE LOS TESOROS**

DE LOS ALQUIMISTAS



RESEÑA BIOGRÁFICA SOBRE PARACELSO



Aurelio Felipe Teofrasto Paracelso Bombasto de Hohenheim, nació en 1493 en Einsiedeln, cerca de Zurich, cantón de Schwitz. Su padre, Guillermo, médico instruido, le enseñó latín, medicina y alquimia. Las obras de Isaac el Holandés, que leyó en su juventud, le dieron un cariño profundo por la alquimia. Desde entonces no separará jamás la medicina de la alquimia y es la unión de estas dos ciencias que caracterizará a la escuela de los paracelcistas. Su padre lo envió a terminar

sus estudios al alero de Trithéme. Este ocultista célebre tuvo una gran influencia sobre las ideas de Paracelso, por cuanto él le enseñó magia y astrología. Habiéndose Trithéme retirado a un convento, Paracelso se puso a viajar. Visitó Portugal, España, Italia, Francia, los Países Bajos, Sajonia, Tirol, Polonia, Moravia, Transilvania, Hungría y Suecia. Quizás incluso estuvo en Oriente, como lo insinúa él mismo. Iba por ciudades y aldeas, curando los enfermos, vendiendo remedios, sacando horóscopos, evocando los espíritus; por otra parte, preguntaba a las ancianas, los magos, los gitanos, los empíricos, los verdugos, las brujas. Uno le comunicaba un secreto, otro le contaba una cura maravillosa. Paracelso recogía todo, juzgando, comparando, observando. Es así que consiguió su ciencia prodigiosa que los sabios de su tiempo no querían reconocer, porque ella no se encontraba ni en Galeno ni en Hipócrates. En Hungría entro al servicio de los Fugger, banqueros, alquimistas y metalurgistas; se puso a trabajar de buen grado en sus vastos laboratorios. En 1526, Oelampade lo llama a Bâle para llenar la cátedra de física y de cirugía (de química, dice Haller). Pero debió muy pronto dejar la ciudad, habiéndole su enseñanza violenta atraído enemigos. Vuelve a viajar, sanando a los príncipes y los poderosos, los prelados y los ricos burgueses. Murió en 1541 en el Hospital de Salzburgo.

Obras Completas: 1° *Paracelsi opera omnia medico, chemico, chirurgica*, 3 vol, in-folio. Ginebra, 1648: 2° *Bücher und Schriften Paracelsi*, 1o vol. in 4°. Bâle, 1589. Tratados de alquimia: *Archidoxorum libri decem*, — *De proejectionibus*, — *De natura rerum*, — *De tinctura Physicorum*, — *Coelum Philosophorum*, — *Thesaurus thesaurorum*, — *De mineralibus*.

El presente tratado, traducido por primera vez en francés, se encuentra en la página 126, tomo II de la edición latina.

**EL TESORO DE LOS TESOROS
DE LOS ALQUIMISTAS**

POR

**FELIPE BOMBASTO VON HOHENHEIM,
EL GRAN PARACELSO**

La naturaleza engendra este mineral en el seno de la tierra. Hay dos especies, que se pueden hallar en diversas localidades de Europa. El mejor que yo he tenido y

que ha resultado bueno después del ensayo, es exterior en la figura del mundo superior, al Oriente de la esfera solar. El segundo se encuentra en el astro meridional y también en la primera flor que el muérdago de la tierra produce sobre el astro¹⁷. Después de la primera fijación se vuelve rojo; en él están ocultos todas las flores y todos los colores minerales. Los Filósofos han escrito mucho sobre él porque es de una naturaleza fría y húmeda, vecina de la del agua.

Para todo lo que es ciencia y experiencia, los Filósofos que me han precedido han tomado por blanco la Roca de la verdad, pero ninguno de sus tiros han dado en el blanco. Han creído que el Mercurio y el Azufre eran los principios de todos los Metales, y no han mencionado, ni por asomo, al tercer principio. No obstante, si por el arte espagírico, se separa más que el Agua, me parece que la Verdad que proclamo está suficientemente demostrada; ni Galeno, ni Avicena la conocían. Si tuviese que descubrir para nuestros excelentes físicos el nombre, la composición, la disolución y la coagulación, si tuviera que decir cómo obra la naturaleza en los seres desde el comienzo del mundo, apenas me bastaría un año para explicarlo, y las pieles de todo un rebaño de vacas escribirlo.

Ahora bien, yo afirmo que en ese mineral se encuentran tres principios, que son: el Mercurio, el Azufre y el Agua metálica que sirvió para nutrirle; la ciencia espagírica puede extraer esta última de su propio jugo cuando no está del todo madura, a mitad del otoño, como la pera en el árbol. El árbol contiene la pera en potencia. Si los astros y la naturaleza concuerdan, el árbol emite primero ramas hacia el mes de marzo, después brotan las yemas, se abren, aparece la flor, y así sucesivamente, hasta que en otoño madura la pera. Lo mismo sucede con los metales. Nacen de un modo semejante en el seno de la tierra. Que los Alquimistas que buscan el Tesoro de los tesoros anoten esto cuidadosamente. Les indicaré el camino, el comienzo, el medio y el fin: en lo que sigue, voy a describir el agua, el azufre y el bálsamo particular del tesoro. Por la resolución y la conjunción, esas tres cosas se unirán en una.

DEL AZUFRE AL CINABRIO

¹⁷ Este pasaje es incomprensible. Para que no se pueda atribuirlo a nosotros, he aquí el texto: *Optimum quod mihi oblatum, ac in experimentando. genuinum inventum est extra in figura majoris mundi, est in oriente astri sphaerae solis Alterum in Astro meridionali, jam in primo flore est, quem Viscus terrae per suum Astrum protrudit.*

Toma cinabrio mineral y trabaja así: Cuécelo con el agua de lluvia en una vasija de piedra durante tres horas; purifícale en seguida con cuidado y disuelve en un agua regia compuesta de partes iguales de vitriolo, nitrato y sal amoniaco (otra fórmula: vitriolo, salitre, alumbre y sal común).

Destila en un alambique, cohobando¹⁸. Separarás así cuidadosamente lo puro de lo impuro. Pon en seguida a fermentar, durante un mes, en el estiércol de caballo. Enseguida, separa los elementos según lo que sigue: cuando aparezca el signo, comienza a destilar en el alambique con el fuego del primer grado. El agua y el aire subirán; el fuego y la tierra permanecerán en el fondo. Cohoba y pon el alambique en el fuego de cenizas. El agua y el aire subirán primero, después el elemento fuego, que los artistas hábiles reconocerán fácilmente. La Tierra quedará en el fondo del alambique, tú la recogerás; muchos la han buscado y pocos la han encontrado. Prepararás, según el Arte, esta tierra muerta en un hornillo de reverbero; después le aplicarás el fuego del primer grado durante quince días y quince noches. Hecho esto, le aplicarás el segundo grado durante otros tantos días y noches (tu materia habrá sido encerrada en un recipiente herméticamente cerrado). Finalmente encontrarás una sal volátil semejante a un álcali muy ligero, que contiene en sí la esencia del fuego y de la tierra.

Mezcla esa sal con los dos elementos que has puesto aparte, el aire y el agua. Calienta sobre cenizas durante ocho días y ocho noches, y encontrarás lo que muchos artistas han descuidado. Separa, de acuerdo con las reglas del arte espagírico y recogerás una tierra blanca privada de su tintura. Toma el elemento fuego y la sal de la tierra, haz digerir en el pelícano¹⁹ para extraer la esencia. Se separará de nuevo una tierra que pondrás aparte.

DEL LEÓN ROJO

Enseguida toma el león que ha pasado primero al recipiente en cuanto percibas su tintura, es decir, el fuego, que se mantiene sobre el agua, el aire y la tierra. Sepárale de sus impurezas por trituración. Tendrás entonces el verdadero oro

¹⁸ N. del T. Cohobar = destilar repetidas veces una misma substancia (Diccionario de la Real Academia Española).

¹⁹ N. del T. Usado en química. Alambique de vidrio de una sola pieza, con un capitel tubulado, de donde salen dos picos opuestos y curvos sobre sí mismos, que forman asa y se dirigen a la cucúrbita, donde concentran los vapores condensados en el capitel (Diccionario Trésor del Centre National de Ressources Textuelles et Lexicales).

potable. Riégale con alcohol de vino para lavarle: destila después en un alambique, hasta que por el gusto ya no distingas más la acidez del agua regia.

Encierra inmediatamente con cuidado este aceite de sol en una retorta cerrada herméticamente. Calienta para elevarlo, de suerte que se sublime y se desdoble. Coloca entonces el recipiente, siempre bien cerrado, en un lugar fresco. Calienta otra vez para elevar, colócalo de nuevo al fresco para condensar. Repite esta maniobra tres veces. Así obtendrás la tintura perfecta del sol. Resérvala para más tarde.

DEL LEÓN VERDE

Toma vitriolo de Venus, preparado según las reglas del arte espagírico; agrégale los elementos del agua y del aire que apartaste. Mezcla: haz putreficar durante un mes como se ha dicho.

Terminada la putrefacción, notarás el signo de los elementos. Separa y pronto verás dos colores, el blanco y el rojo. El rojo está encima del blanco. La tintura roja del vitriolo es tan poderosa que tiñe de rojo todos los cuerpos blancos, y de blanco todos los cuerpos rojos, lo cual es maravilloso. Trabaja con esta tintura en una retorta²⁰ y verás salir en ella la negrura. Vuelve a poner en la retorta lo que ha destilado, y repite hasta que obtengas un líquido blanco. Sé paciente y no desesperes de la Obra.

Rectifica hasta que encuentres el león verde, brillante y verdadero, que reconocerás por su gran peso. Es la tintura del Oro. Contemplarás los signos admirables de nuestro león verde, que ninguno de los tesoros del león romano podría pagar. ¡Gloria a quien ha sabido hallarle y sacar de él la tintura! Es el verdadero bálsamo natural de los planetas celestes; impide la putrefacción de los cuerpos, y no permite a la lepra, a la gota, ni a la hidropesía implantarse en el cuerpo humano. Cuando ha sido fermentado con el azufre del oro, se le prescribe en la dosis de un grano.

¡Ah! Carlos el alemán, ¡qué has hecho de tus tesoros de ciencia! ¿Dónde están tus físicos? ¿Dónde tus doctores? ¿Dónde están esos bandidos que purgan y recetan impunemente? Tu firmamento está trastornado; tus astros, fuera de sus órbitas,

²⁰ N. del T. Vasija con el cuello largo encorvado (Diccionario de la Real Academia Española).

se pasean muy lejos de la ruta pantanosa que les había sido trazada; así es que tus ojos han sido heridos por ceguera, como por un carbón incandescente, cuando has contemplado nuestro esplendor y nuestro orgullo soberbio. Si tus adeptos supieran que su príncipe Galeno (que está en el infierno) me ha escrito cartas para reconocer que tengo razón, ¡harían el signo de la cruz con una cola de zorro! ¡Y vuestro Avicena! está sentado en el umbral de los infiernos; he discutido con él de su oro potable, de la tintura física, de la mitridática y de la triaca²¹.

¡Oh, hipócritas, que despreciáis las verdades que os enseña un verdadero médico, instruido por la naturaleza, hijo del mismo Dios! Seguid, impostores, que no prevalecéis más que con ayuda de elevadas protecciones. ¡Pero paciencia!, después de mi muerte, mis discípulos se levantarán contra vosotros, os arrastrarán a la faz de los cielos a vosotros y a vuestras sucias drogas, que os sirven para envenenar a los príncipes y a los grandes de la cristiandad.

¡Desgraciadas vuestras cabezas el día del juicio! Yo, en cambio, sé que mi reino llegará. Reinaré en el honor y la gloria. No soy yo quien me alaba, es la Naturaleza, porque Ella es mi madre y yo le obedezco todavía. Me conoce y yo la conozco. La luz que está en ella, yo la he contemplado, la he demostrado en el Microcosmos y la he vuelto a encontrar en el Universo.

Pero debo volver a mi tema para satisfacer los deseos de mis discípulos, a quienes favorezco con gusto, cuando están provistos de las luces naturales, cuando conocen la astrología y sobre todo cuando son hábiles en la filosofía, que nos enseña a conocer la materia de todo.

Toma cuatro partes en peso del Agua metálica que ya he descrito, dos partes de la Tierra de Sol rojo, una parte de Azufre del Sol. Pon todo en un pelícano, solidifica y desagrega tres veces. Así tendrás la Tintura de los alquimistas. No hablaremos aquí de sus propiedades puesto que están indicadas en el libro de las Transmutaciones. Con una onza de Tintura de Sol, podrás teñir de Sol mil onzas; si posees la tintura del Mercurio, podrás teñir igualmente por completo el cuerpo del Mercurio vulgar. Del mismo modo la tintura de Venus transmutará completamente en metal perfecto el cuerpo de Venus. Todas esas cosas han sido

²¹ N. del T. Usado en farmacología antigua. Preparación conocida desde la Antigüedad, conteniendo más de cincuenta compuestos, pertenecientes a los tres reinos de la naturaleza (entre los cuales una dosis bastante fuerte de opio) y teniendo virtudes tónicas y eficaces contra los venenos, ponzoñas y ciertos dolores (Diccionario Trésor del Centre National de Ressources Textuelles et Lexicales).

confirmadas por la experiencia. Lo mismo se puede decir para las tinturas de los demás planetas: Saturno, Júpiter, Marte y la Luna. Porque de esos metales se sacan también tinturas: aquí no diremos nada acerca de ello, habiendo hablado ampliamente en el tratado de la Naturaleza de las Cosas y en la Arquidoxia.

He descrito suficientemente para los espagiristas la materia prima de los metales y minerales; ahora, ya conocen la tintura de los alquimistas. No menos de nueve meses hacen falta para preparar esta tintura; por tanto, trabaja con ardor, sin desalentarte: durante cuarenta días alquímicos, fija, extrae, sublima, putrifica, coagula en piedra, y por fin obtendrás el Fénix de los Filósofos.

Pero no olvides que el azufre del cinabrio es un águila que vuela sin hacer viento y transporta el cuerpo del viejo Fénix a un nido donde se nutre con el elemento fuego. Sus crías le arrancan los ojos, lo cual produce la blancura. Es el bálsamo de sus intestinos que da la vida al corazón, según lo que los cabalistas han enseñado.

ALBERTI MAGNI

COMPOSITUM DE COMPOSITIS

ALBERTO EL GRANDE

EL COMPUESTO DE LOS COMPUESTOS



RESEÑA BIOGRÁFICA SOBRE ALBERTO EL GRANDE



Alberto El Grande, de la antigua familia de los condes de Bollstadt, nació en Lavingen del Danubio, en Suabia (1193). En su infancia, era notoriamente poco inteligente, pero a consecuencia de una visión su espíritu se desarrolló de golpe, e hizo desde entonces progresos rápidos en todas las ramas de la ciencia. Hacia 1222, entró en la Orden de Santo Domingo. Enseñó en las escuelas de la Orden la teología y la filosofía. Es en Colonia donde se distinguió entre sus alumnos a Santo Tomás de

Aquino. Se aliaron en estrecha amistad y se vinieron juntos a París. La palabra de Alberto El Grande atraía una tal multitud de auditores que fue obligado a enseñar en las plazas públicas; una de ellas ha conservado su nombre, es la plaza Maubert o del Maestro Alberto. En 1248, regresó a Colonia. Durante diez años, llevó en esta ciudad una existencia apacible, favorable al estudio; provincial de su orden, gozando de una autoridad incontestable ante sus contemporáneos, ayudado por

sus monjes en todos los trabajos que emprendía, no teniendo que inquietarse por cuestiones de dinero, ¡cuán diferente fue su existencia a la de Roger Bacon!. En 1259, Alberto El Grande fue nombrado Obispo de Ratisbona; pero no tardó en renunciar a las preocupaciones del episcopado, y habiendo dimitido a su cargo volvió a entrar al claustro. Murió en 1280 a la edad de 87 años.

Obras completas: *Beati Alberti, Ratisbonensis episcopi opera omnia*, 21 vol, in-folio. Lugduni, 1651. Tratados alquímicos: *Libellus de Alchimia*, — *Concordantia philosophorum de lapide philosophico*, — *De rebus metallicis*, — *Compositum de compositis*, — *Breve compendium de ortu metallorum*.

El presente tratado, traducido por primera vez en francés, se encuentra en el tomo IV del *Theatrum chemicum*, página 825. Hoefffer cita en su *Historia de la Química* varios pasajes de este tratado. Dos de estos pasajes no se encuentran en el *Compositum de compositis*, sino en el *Libellus de Alchimia* (*Theat. chemic.*, tomo II). Junto con el tratado *De Alchimia*, es el más importante de los opúsculos alquímicos de Alberto El Grande.

EL COMPUESTO DE LOS COMPUESTOS DE ALBERTO EL GRANDE

No ocultaré una ciencia que me ha sido revelada por la gracia de Dios; no la guardaré celosamente para mi solo, por temor de atraer su maldición. ¿Cuál es la utilidad de una ciencia conservada en secreto, de un tesoro escondido?. La ciencia que he aprendido sin ficciones, os la transmito sin remordimiento. La envidia trastorna todo, un hombre envidioso no puede ser justo ante Dios. Toda ciencia y toda sabiduría provienen de Dios; decir que procede del Espíritu Santo, es sencillamente un modo de expresarse. Nadie puede decir: Nuestro Señor Jesucristo, sin subentender: hijo de Dios Padre, por operación del Santo Espíritu. De igual manera esta ciencia de verdad no puede ser separada de Aquél que me la ha comunicado.

No he sido enviado para todos, sino tan sólo para quienes admiran al Señor en sus obras y a los que Dios ha juzgado dignos. Que quien tenga oídos pava oír esta

comunicación divina, recoja los secretos que me fueron transmitidos por la gracia de Dios y que no los revele jamás a quienes son indignos de ellos.

La Naturaleza debe servir de base y de modelo a la ciencia, por eso el Arte trabaja de acuerdo con la Naturaleza en todo lo que puede. Es preciso pues que el artista observe la Naturaleza y opere como ella opera.

CAPÍTULO I

DE LA FORMACION DE LOS METALES EN GENERAL POR EL AZUFRE Y EL MERCURIO

Se ha observado que la naturaleza de los metales, tal como la conocemos, es de ser engendrada de una manera general por el Azufre y el Mercurio. Tan sólo la diferencia de cocción y de digestión, produce la variedad en la especie metálica. Por mí mismo he observado que en un solo y único recipiente, es decir, en un mismo filón, la Naturaleza había producido varios metales y plata, diseminados por acá y por allá. En efecto, hemos demostrado claramente en nuestro Tratado de los minerales, que la generación de los metales es circular, se pasa fácilmente del uno al otro siguiendo un círculo; los metales vecinos tienen propiedades semejantes; por eso la plata se transforma más fácilmente en oro que cualquier otro metal.

No hay más, en efecto, que cambiar en la plata, sino el color y el peso, lo cual es fácil. Porque una sustancia de por sí compacta, aumenta más fácilmente de peso. Y como contiene un azufre blanco amarillento, también su color será fácil de transformar.

Lo mismo sucede con los demás metales. El Azufre es, por decirlo así, su padre, y el Mercurio, su madre.

Aun es más verdadero si se dice que en la conjunción el Azufre representa el esperma del padre y que el Mercurio representa un menstuo coagulado, para formar la sustancia del embrión. El Azufre solo no puede engendrar, como sucede con el padre solo.

Así como el macho engendra de su propia sustancia mezclada con la sangre menstrual, así también el Azufre engendra con el Mercurio, pero solo no produce

nada. Por medio de esta comparación, queremos dar a entender que el Alquimista deberá, ante todo, quitar al metal la especificidad que le ha dado la Naturaleza, después, que proceda como procedió la Naturaleza con el Mercurio y el Azufre preparados y purificados, siguiendo siempre el ejemplo de la Naturaleza.

DEL AZUFRE

El Azufre contiene tres principios húmedos.

El primero de esos principios es, sobre todo, aéreo e ígneo; se le encuentra en las partes externas del Azufre, a causa de la misma gran volatilidad de sus elementos, que fácilmente se evaporan y consumen los cuerpos con los cuales se ponen en contacto.

El segundo principio es flemático, llamado también acuoso; se halla colocado inmediatamente debajo del precedente. El tercero es radical, fijo, adherente a las partes internas. Únicamente aquél es general, y no se le puede separar de los otros sin destruir todo el edificio. El primer principio no resiste al fuego; siendo combustible, se consume en el fuego y calcina la sustancia del metal con el cual se le calienta. Por tanto, no sólo es inútil, sino que resulta hasta nocivo para el objetivo que nos proponemos. El segundo principio no hace más que mojar los cuerpos, no engendra, tampoco puede servirnos. El tercero es radical, penetra todas las partículas de la materia que le debe sus propiedades esenciales. Hay que desembarazar al Azufre de los dos primeros principios a fin de que la sutilidad del tercero pueda servirnos para hacer un compuesto perfecto.

El fuego no es otra cosa que el vapor del Azufre; el vapor de Azufre bien purificado y sublimado blanquea y hace más compacto. Por eso los Alquimistas hábiles tienen la costumbre de quitar al Azufre sus dos principios superfluos por medio de lavados ácidos, tales como el vinagre de los limones, la leche agria, la leche de cabras, la orina de los niños. Lo purifican por lixiviación, digestión o sublimación. Finalmente, es preciso rectificarlo por resolución, de modo que no se tenga más que una sustancia pura que contenga la fuerza activa, perfectible y próxima al metal. Hemos ahí en posesión de una parte de nuestra obra.

DE LA NATURALEZA DEL MERCURIO

El Mercurio encierra dos sustancias superfluas: la tierra y el agua. La sustancia terrosa tiene alguna propiedad del Azufre, el fuego la enrojece. La sustancia acuosa tiene una humedad superflua.

Con facilidad se desembaraza al Mercurio de sus impurezas acuosas y terrosas por sublimaciones y lavados muy ácidos. La Naturaleza lo separa en el estado seco del Azufre y lo despoja de su tierra, por el calor del sol y de las estrellas.

Así obtiene ella un Mercurio puro, completamente libre de su sustancia terrosa, no conteniendo ya partes extrañas. Entonces lo une a un Azufre puro y produce al fin, en el seno de la tierra, metales puros y perfectos. Si los dos principios son impuros, los metales son imperfectos. Es por eso que en las minas se hallan metales diferentes, lo que procede de la purificación y de la digestión variable de sus principios. Eso depende de la cocción.

DEL ARSÉNICO

El Arsénico es de la misma naturaleza que el Azufre, ambos tiñen de rojo y de blanco. Pero en el arsénico hay más humedad, y al fuego²² se sublima menos rápidamente que el Azufre.

Es sabido cuán velozmente se sublima el Azufre y cómo consume a todos los cuerpos, excepto el oro. El Arsénico puede unir su principio seco al del Azufre, se atemperan entre sí, y una vez unidos se les separa con dificultad; su tintura es suavizada por esa unión.

"El Arsénico -dice Geber²³- contiene mucho mercurio y, por tanto, puede ser preparado como él". Sabed que el espíritu oculto en el azufre, el arsénico y el aceite animal es llamado por los filósofos Elixir Blanco. Es único, miscible en la sustancia ígnea, de la cual extraemos el Elixir Rojo; se une a los metales fundidos,

²² N. del T. Al exponerlo al fuego.

²³ N. del T. Djafar al Soli, filósofo hermético árabe, que vivió en el siglo IX (Albert Poisson, *Glosario de Cinco Tratados de Alquimia*).

tal como lo hemos experimentado, los purifica, no sólo a causa de las propiedades precitadas, sino también porque existe una proporción común entre sus elementos.

Los metales difieren entre sí según la pureza o la impureza de la materia prima, es decir, del Azufre y del Mercurio, y también según el grado²⁴ del fuego que les ha engendrado.

Según el filósofo, el elixir se llama también Medicina, porque se asimila el cuerpo de los metales al cuerpo de los animales. También decimos que hay un espíritu oculto en el Azufre, el arsénico y el aceite extraído de las sustancias animales. Ese es el espíritu que buscamos, con ayuda del cual teñiremos como perfectos todos los cuerpos imperfectos. Este espíritu es llamado Agua y Mercurio por los filósofos. "El Mercurio -dice Geber- es una medicina compuesta de seco y húmedo, de húmedo y seco". Tú comprendes la sucesión de estas operaciones: extraes la tierra del fuego, el aire de la tierra, el agua del aire, puesto que el agua puede resistir al fuego. Hay que fijarse en estas enseñanzas, son arcanos universales.

Ninguno de los principios que entran en la Obra tiene potencia por sí mismo; porque están encadenados en los metales, no pueden perfeccionar, ya no son fijos. Carecen de dos sustancias: la una, miscible en los metales en fusión; la otra, fija que pueda coagular y fijar. Por eso Rhazés²⁵ dijo: "Hay cuatro sustancias que cambian con el tiempo; cada una de ellas está compuesta por los cuatro elementos y toma el nombre del elemento dominante. Su esencia maravillosa se ha fijado en un cuerpo y con este último puede alimentarse a los demás cuerpos. Esta esencia se halla compuesta de agua y aire, combinados de tal suerte que el calor los licua. Ese es un secreto maravilloso. Los minerales empleados en Alquimia, para servirnos, deben tener una acción sobre los cuerpos fundidos. Las piedras que utilizamos son cuatro: dos tiñen de blanco y las otras dos de rojo. Aunque el blanco, el rojo, el Azufre, el Arsénico y Saturno, no tienen sino un mismo cuerpo. Mas en aquél único cuerpo, ¡cuántas cosas complicadas! Y en el primer momento carece de acción sobre los metales perfectos." En los cuerpos imperfectos, hay un agua ácida, amarga, agria, necesaria en nuestro arte. Porque disuelve y

²⁴ N. del T. El primer grado del fuego corresponde a 50 grados centígrados, el segundo a la ebullición del agua, el tercero a la fusión del estaño, el cuarto a la ebullición del mercurio (Albert Poisson, *Glosario de Cinco Tratados de Alquimia*).

²⁵ N. del T. Filósofo hermético persa, siglo X. Obra: *Lumen luminum* (A. Poisson, *Glosario de Cinco Tratados de Alquimia*).

mortifica a los cuerpos, después los revivifica y reconstituye. Dice Rhazés en su carta tercera: "Aquellos que buscan nuestra Entelequia, preguntan de dónde proviene la amargura acuosa elemental. Les responderemos: de la impureza de los metales. Porque el agua contenida en el oro y la plata, es dulce, no disuelve, por el contrario, coagula y fortifica, porque no contiene ni acidez ni impureza como los cuerpos imperfectos." Por eso dijo Geber: "Se calcina y se disuelve el oro y la plata sin utilidad, porque nuestro Vinagre se saca de cuatro cuerpos imperfectos; ese espíritu mortificante y disolvente es lo que mezcla las tinturas de todos los cuerpos que empleamos en la obra. No necesitamos más que esta agua, poco nos importan los demás espíritus."

Geber tiene razón; no podemos hacer nada con una tintura a la que el fuego altera; todo lo contrario, es menester que el fuego le dé la excelencia y la fuerza para que ella pueda aliarse con los metales fundidos. Es preciso que fortifique, que fije, que a pesar de la fusión permanezca íntimamente unida al metal.

Agregaré que de los cuatro cuerpos imperfectos se puede extraer todo. En cuanto al modo de preparar el Azufre, el Arsénico y el Mercurio, indicado más arriba, podemos darlo aquí.

En efecto, cuando en esta preparación calentamos el espíritu del azufre y del arsénico con aguas ácidas o aceite, para extraer de él la esencia ígnea, el aceite, la untuosidad, les extraemos lo superfluo que en ellos existe; nos queda la fuerza ígnea y el aceite, las únicas cosas que nos son útiles; pero están mezcladas con el agua ácida que nos servía para purificar, no hay medio de separarlas de ella; pero por lo menos nos hemos desembarazado de lo inútil. Es necesario, por tanto, hallar otro medio para extraer de esos cuerpos el agua, el aceite y el espíritu más sutil del azufre, que es la verdadera tintura muy activa que tratamos de obtener. De suerte que trabajaremos esos cuerpos separando por descomposición o también por destilación, sus partes componentes naturales, y así llegaremos a las partes simples. Algunos, ignorando la composición del Magisterio, quieren trabajar sólo sobre el Mercurio, pretendiendo que tiene un cuerpo, un alma y un espíritu y que es la materia prima del oro y de la plata. Es necesario responderles que es cierto que algunos filósofos afirman que la obra se hace de tres cosas, el espíritu, el alma y el cuerpo, sacadas de una sola. Mas por otra parte, no se puede encontrar en una cosa lo que no existe en ella. Ahora bien, el Mercurio no contiene la tintura roja, por lo tanto no puede, él solo, bastar para formar el cuerpo del Sol; con sólo el Mercurio nos sería imposible llevar la Obra a buen fin.

La Luna²⁶ por sí sola no puede bastar, no obstante este cuerpo es, por decir así, la base de la obra.

De cualquier modo que se trabaje y transforme el Mercurio, jamás podrá constituir el cuerpo. También dicen: "Se encuentra en el Mercurio un azufre rojo de manera que encierra la tintura roja". ¡Error!. El Azufre es el padre de los metales, no se encuentra nunca en el Mercurio, que es hembra.

Una materia pasiva no puede fecundarse a sí misma. El Mercurio contiene, sí, un Azufre, pero como ya lo hemos dicho, es un azufre terrestre. Fijémonos finalmente en que el Azufre no puede soportar la fusión; entonces el Elixir no puede extraerse de una sola cosa.

CAPÍTULO II

DE LA PUTREFACCION

El fuego engendra la muerte y la vida. Un fuego vivo deseca el cuerpo. He aquí la razón; al llegar el fuego al contacto con un cuerpo, pone en movimiento al elemento semejante a él que en dicho cuerpo existe.

Ese elemento es el calor natural. Este excita al fuego extraído en primer lugar del cuerpo; hay conjunción y la humedad radical del cuerpo sube a su superficie mientras el fuego reacciona en el exterior. En cuanto desaparece la humedad radical que unía las diversas porciones del cuerpo, éste muere, se disuelve, se anula: todas sus partes se separan unas de otras. El fuego obra aquí como un instrumento cortante. Aunque por sí mismo deseca y contrae, no puede hacerlo tanto como hay en el cuerpo una cierta predisposición, sobre todo si el cuerpo es compacto como lo es un elemento. Este último carece de un complejo aglutinante, que se separaría del cuerpo después de la corrupción. Todo eso puede hacerse por el Sol, porque es de una naturaleza cálida y húmeda con relación a los demás cuerpos.

CAPITULO III

²⁶ N. del T. Plata, o mercurio ordinario, o aún materia blanca (Albert Poisson, *Glosario de Cinco Tratados de Alquimia*).

DEL REGIMEN DE LA PIEDRA

Hay cuatro regímenes de la Piedra: 1º descomponer; 2º lavar; 3º reducir; 4º fijar. En el primer régimen se separan las naturalezas, porque sin división, sin purificación, no puede haber conjunción. Durante el segundo régimen, los elementos separados son lavados, purificados y llevados al estado simple. En el tercero se cambia nuestro Azufre en cantera del Sol, de la Luna y de los otros metales. En el cuarto, todos los cuerpos precedentemente extraídos de nuestra Piedra, son unidos, recompuestos y fijados, para permanecer en adelante unidos.

Hay quienes cuentan cinco grados en el Magisterio: 1º resolver las sustancias en su materia prima; 2º llevar nuestra tierra, es decir, la magnesia negra, a ser aproximadamente de la naturaleza del Azufre y del Mercurio; 3º hacer que el Azufre se aproxime todo lo posible a la materia mineral del Sol y de la Luna; 4º componer de varias cosas un Elixir blanco; 5º quemar perfectamente el Elixir blanco, darle el color del cinabrio y partir de ahí para hacer el Elixir rojo.

En fin, los hay quienes cuentan cuatro grados en la Obra, otros tres, y otros tan sólo dos. Estos últimos cuentan así: 1º puesta en obra y purificación de los elementos; 2º conjunción.

Fíjate bien en lo que sigue: la materia de la Piedra de los Filósofos es de poco precio; se la encuentra por todas partes, es un agua viscosa como el mercurio que se extrae de la tierra. Nuestra agua viscosa se halla en todas partes, hasta en las Letrinas, han dicho ciertos filósofos, y algunos imbéciles, tomando sus palabras al pie de la letra, la han buscado en los excrementos.

La naturaleza obra sobre esa materia quitándole algo, su principio terroso, y añadiéndole algo, el Azufre de los Filósofos, que no es el azufre vulgar, sino un Azufre invisible, tintura del rojo. Para decir verdad, es el espíritu del vitriolo²⁷ romano. Prepáralo así: toma salitre y vitriolo romano, dos libras de cada uno; muélelo finamente en el mortero. Aristóteles²⁸ tiene, pues, razón cuando dice en

²⁷ N. del T. El vitriolo verde o vitriolo romano es una sal del ácido sulfúrico, el sulfato de fierro. El vitriolo azul o de Hungría es el sulfato de cobre (adaptado de A. Poisson, *Glosario de Cinco Tratados de Alquimia*, y del Diccionario Trésor del Centre National de Ressources Textuelles et Lexicales).

²⁸ N. del T. Discípulo de Avicena. No debe ser confundido con el filósofo griego, preceptor de Alejandro de Macedonia. Obras: *De perfecto magisterio*, *De practica lapidis*. (Albert Poisson,

su cuarto libro de los meteoros: "Todos los alquimistas saben que no se puede, de ningún modo, cambiar la forma de los metales si antes no se los reduce a materia prima". Lo cual es fácil, como pronto se verá. El Filósofo dice que no se puede ir de una extremidad a la otra sin pasar por el medio. En una extremidad de nuestra piedra filosofal se hallan dos antorchas, el oro y la plata, y en la otra extremidad el elixir perfecto o tintura. En el medio el aguardiente filosófico, naturalmente purificado, cocido y digerido. Todas estas cosas están próximas a la perfección y son preferibles a los cuerpos de naturaleza más alejada. De igual modo que por medio del calor, el hielo se resuelve en agua, por haber sido antes agua, asimismo los metales se resuelven en su materia prima que es nuestro Aguardiente. La preparación está indicada en los siguientes capítulos. Sólo él puede reducir todos los cuerpos metálicos a su materia prima.

CAPÍTULO IV

DE LA SUBLIMACION DEL MERCURIO

En nombre del Señor, procúrate una libra de mercurio puro procedente de la mina. Por otra parte, toma vitriolo romano y sal común calcinada, muélelo y mezcla íntimamente. Pon estas dos últimas materias en un vaso ancho de greda vidriada, al fuego suave hasta que la materia comience a fundirse y licuarse. Entonces toma tu mercurio mineral, ponlo en un recipiente de cuello largo y viértelo gota a gota sobre el vitriolo y la sal en fusión. Remueve con una espátula de madera, hasta que el mercurio sea devorado por entero y que no queden ya trazas de él. Cuando haya desaparecido por completo, seca la materia a fuego suave durante la noche. Al otro día por la mañana, tomarás la materia bien secada y la pulverizarás finamente sobre una piedra. Pondrás la materia pulverizada en el recipiente sublimatorio llamado aludel²⁹, para sublimarla según el arte. Pondrás el capitel y untarás las juntas con masilla filosófica, a fin de que el Mercurio no pueda escaparse. Colocarás el aludel sobre su hornillo y lo fijarás de modo que no pueda inclinarse y que se mantenga bien derecho; entonces encenderás un fuego muy suave durante cuatro horas para quitar la humedad del mercurio y del vitriolo;

Glosario de Cinco Tratados de Alquimia).

²⁹ N. del T. Aparato sublimatorio, compuesto de un vaso o recipiente de greda o loza barnizada o vidriada, coronado por un capitel de vidrio destinado a recibir el sublimado (Albert Poisson, *Glosario de Cinco Tratados de Alquimia).*

después de la evaporación de la humedad, aumenta el fuego para que la materia blanca y pura del mercurio se separe de sus impurezas, esto durante cuatro horas; verás si esto basta introduciendo una varilla de madera en el sublimatorio por la abertura superior, haciéndola descender hasta la materia, y sentirás si la materia blanca del mercurio está superpuesta a la mezcla. Si esto sucede, quita la varilla, cierra la abertura del capitel con masilla para que el mercurio no pueda escaparse, y aumenta el fuego de modo que la materia blanca del mercurio se eleve sobre las heces, hasta el aludel; esto durante cuatro horas. Calienta por fin con leña para obtener llamas, es preciso que el fondo del recipiente y el residuo se pongan rojos; continúa así mientras quede algo de sustancia blanca del mercurio adherida a las heces. La fuerza y la violencia del fuego concluirán por separarla. Quita entonces el fuego y deja enfriar el hornillo y la materia durante la noche. Al otro día, de mañana, retira el recipiente del hornillo, quita la masilla con precaución para no ensuciar el Mercurio, abre el aparato; si encuentras una materia blanca, sublimada, pura, compacta y pesada, has tenido éxito. Pero si tu sublimado fuese esponjoso, ligero y poroso, recógelo y comienza otra vez la sublimación sobre el residuo, agregando de nuevo sal común pulverizada; opera en el mismo recipiente sobre su hornillo, del mismo modo, con el mismo grado de fuego que antes. Abre entonces el recipiente, ve si el sublimado es blanco, compacto y denso, recógelo y ponlo a un lado cuidadosamente para servirte de él cuando lo necesites a fin de terminar la Obra. Mas si no se presentara todavía tal como debe ser, te será preciso sublimarlo una tercera vez hasta que lo obtengas puro, compacto, blanco y pesado.

Fíjate que por esta operación has despojado al Mercurio de dos impurezas. Ante todo, le has quitado toda su humedad superflua; en segundo lugar, lo desembarazaste de sus partes terrosas impuras, que quedaron en las heces; así lo has sublimado en una sustancia clara y semi fija.

Ponlo aparte como se te ha recomendado.

CAPÍTULO V

DE LA PREPARACION DE LAS AGUAS, DE LAS QUE SACARAS EL AGUARDIENTE

Agua primera

Toma dos libras de vitriolo romano, dos libras de salitre y una libra de alumbre calcinado. Muélelo bien, mezcla perfectamente, ponlo en un alambique de vidrio, destila el agua de acuerdo con las reglas ordinarias, cerrando bien las junturas por temor de que se escapen los espíritus. Comienza con un fuego suave, después calienta más fuertemente; calienta en seguida con madera hasta que el aparato se ponga blanco, de suerte que destilen todos los espíritus. Cesa entonces el fuego, deja que se enfríe el hornillo; aparta cuidadosamente esta agua, porque es el disolvente de la Luna; consévala para la Obra, ella disuelve la plata y la separa del oro, calcina el Mercurio y azafrán³⁰ de Marte; comunica a la piel del hombre una coloración morena que se va con dificultad. Es el agua prima de los filósofos, es perfecta en el primer grado. Prepararás tres litros de esta agua.

Agua segunda, preparada por la sal amoníaco

En nombre del Señor, toma una libra de agua prima y disuelve cuatro lotes de sal amoníaco pura e incolora; hecha la disolución, el agua ha cambiado de color, adquiriendo otras propiedades. El agua prima era verdosa, disolvía la Luna, no tenía acción sobre el Sol; pero en cuanto se le agrega la sal amoníaco toma un color amarillo, disuelve el oro, el mercurio, el Azufre sublimado y comunica una fuerte coloración amarilla a la piel del hombre. Conserva preciosamente esta agua, porque a continuación nos servirá.

Agua tercera, preparada por medio del mercurio sublimado

Toma una libra de agua segunda y once lotes de Mercurio sublimado (por el vitriolo romano y la sal) bien preparado y bien puro. Verterás poco a poco el Mercurio en el agua segunda. Después sellarás el orificio del matraz, por temor de que se escape el espíritu del Mercurio. Colocarás el matraz sobre cenizas tibias, y el agua comenzará en seguida a obrar sobre el Mercurio, disolviéndolo e incorporándose. Dejarás el matraz sobre las cenizas calientes, no deberá quedar un exceso de agua, y será preciso que el Mercurio sublimado se disuelva por completo. El agua actúa por inhibición sobre el Mercurio hasta que lo disuelve.

³⁰ N. del T. Química antigua. Preparación metálica cuyo color recuerda el del azafrán. La especie común de *Crocus sativus* o azafrán medicinal proporciona un polvo anaranjado (adaptado de Diccionario Trésor del Centre National de Ressources Textuelles et Lexicales).

Si el agua no ha podido disolver todo el mercurio, tomarás el que haya quedado en el fondo del matraz, lo secarás a fuego lento, pulverizarás y lo disolverás en una nueva cantidad de agua segunda. Harás de nuevo esta operación hasta que todo el mercurio sublimado se haya disuelto en el agua. Reunirás en una sola todas esas soluciones en un frasco de vidrio bien limpio, el cual taparás perfectamente la boca con cera. Ponlo cuidadosamente aparte. Porque ésta es nuestra agua tercera, filosófica, espesa, perfecta en el tercer grado. Es la madre del Aguardiente que reduce todos los cuerpos a su materia prima.

Agua cuarta, que reduce los cuerpos calcinados a su materia prima

Coge agua tercera mercúrica, perfecta en el tercer grado, límpida y ponla a putreficar en el vientre de caballo³¹ en un matraz de cuello largo, limpio, bien cerrado, durante catorce días.

Deja fermentar; las impurezas caen al fondo y el agua pasa del amarillo al rojo. En este momento retirarás el matraz y lo pondrás sobre cenizas a un fuego muy suave, adaptándole un capitel de alambique con su recipiente. Comienza lentamente la destilación. Lo que pasa gota a gota es nuestro Aguardiente muy límpido, puro, pesado, Leche virginal, Vinagre muy agrio. Continúa suavemente el fuego hasta que todo el aguardiente haya destilado tranquilamente; cesa entonces el fuego, deja que el hornillo se enfríe y conserva con cuidado tu agua destilada. Ese es nuestro Aguardiente, Vinagre de los filósofos, Leche virginal que reduce los cuerpos a su materia prima. Se le ha dado una infinidad de nombres.

He aquí las propiedades de esta agua: una gota depositada sobre una lámina de cobre caliente, la penetra en seguida y deja en ella una mancha blanca. Lanzada sobre carbones, emite humo; en el aire se congela y parece hielo. Cuando se

³¹ N. del T. Bosta o estiércol de caballo, que proporciona una temperatura constante (Albert Poisson, *Glosario de Cinco Tratados de Alquimia*).

destila esta agua, las gotas no pasan siguiendo todas el mismo camino, sino que unas pasan por un lado y otras por otro. No actúa sobre los metales como el agua fuerte, corrosiva, que los disuelve, sino que reduce a Mercurio todos los cuerpos que baña, como más adelante lo verás.

Después de la putrefacción, la destilación y la clarificación, es pura y más perfecta, despojada de todo principio sulfuroso ígneo y corrosivo. No es un agua que corroe, no disuelve los cuerpos, los reduce a Mercurio. Debe esta propiedad al Mercurio primitivamente disuelto y putreficado en el tercer grado de la perfección. No contiene ya heces ni impurezas terrosas. La última destilación las ha separado, las impurezas negras quedaron en el fondo del alambique. El color de esta agua es azul, límpida y rojiza; ponla aparte. Porque reduce todos los cuerpos calcinados y podridos, a su materia prima radical o mercurial.

Cuando quieras reducir con esta agua los cuerpos calcinados, prepara así dichos cuerpos.

Toma un marco del cuerpo que tú quieras, Sol o Luna; límalo suavemente. Pulveriza bien esta limadura sobre una piedra con sal común preparada. Separa la sal disolviéndola en agua caliente; la cal pulverizada caerá al fondo del líquido; decanta. Seca la cal, mójala tres veces con aceite tártaro, dejando cada vez que la cal absorba todo el aceite; pon en seguida la cal en un pequeño matraz; viértele encima aceite de tártaro, de modo que el líquido tenga un espesor de dos dedos, cierra entonces el matraz, ponlo a putreficar en el vientre del caballo durante ocho días; después toma el matraz, decanta el aceite y deseca la cal. Hecho esto, pon la cal en un peso igual al de nuestro Aguardiente; cierra el matraz y deja digerir a un fuego muy suave hasta que toda la cal se haya convertido en Mercurio. Decanta entonces el agua con precaución, recoge el Mercurio corporal, ponlo en una vasija de vidrio; purifícalo con agua y sal común, seca según las reglas, colócalo en un lienzo fino y exprímelo en gotitas. Si pasa todo, está bien. Si queda alguna porción del cuerpo amalgamado, a causa de que la disolución no ha sido completa, pon ese residuo con una nueva cantidad de agua bendita. Piensa que la destilación del agua debe hacerse al baño de María; para el aire y el fuego, se destilará sobre cenizas calientes. El agua debe ser extraída de la sustancia húmeda y no de otra parte; el aire y el fuego deben ser sacados de la sustancia seca y no de otra.

Propiedades de este Mercurio

Es menos móvil, corre menos de prisa que el otro mercurio; deja trazas de su cuerpo fijo en el fuego; una gota puesta sobre una lámina calentada al rojo, deja un residuo.

Multiplicación del Mercurio filosófico

Cuando tengas tu Mercurio filosófico, toma de él dos partes y una parte de la limadura mencionada más arriba; haz una amalgama moliéndolo todo junto hasta una unión perfecta. Pon esta amalgama en un matraz, cierra bien el orificio y colócalo sobre las cenizas a un fuego moderado. Todo se convertirá en Mercurio. Así podrás aumentarlo hasta el infinito, porque como la cantidad volátil sobrepasa siempre a la cantidad de fijo, lo aumenta indefinidamente, comunicándole su propia Naturaleza y siempre habrá bastante.

Ahora tú sabes preparar el Aguardiente, le conoces los grados y las propiedades, conoces la putrefacción de los cuerpos metálicos, su reducción a la materia prima, y la multiplicación de la materia hasta el infinito. Te he explicado claramente lo que todos los filósofos han ocultado con cuidado.

Práctica del Mercurio de los sabios

No es el mercurio del vulgo, es la materia prima de los filósofos. Es un elemento acuoso, frío, húmedo, es un agua permanente, es el espíritu del cuerpo, vapor graso, Agua bendita, Agua fuerte, Agua de los sabios, Vinagre de los filósofos, Agua mineral, Rocío de la gracia celeste; tiene muchos otros nombres más, y si bien son diferentes, designan todos a una sola y misma cosa, que es el Mercurio de los filósofos, es la fuerza de la Alquimia; sólo él puede servir para hacer la tintura blanca y la roja, etcétera.

Toma, pues en nombre de Jesucristo, nuestro M... venerable, Agua de los filósofos, Hylé³² primitivo de los sabios; es la piedra que se te ha descubierto en este tratado, es la materia prima del cuerpo perfecto, como lo has adivinado. Pon tu materia en un hornillo, en un recipiente limpio, claro, transparente y redondo, del cual sellarás herméticamente el orificio, de suerte que nada pueda escaparse. Tu materia será colocada sobre un lecho bien plano ligeramente caliente; allí lo

³² N. del T. Materia de la piedra, Mercurio de los Filósofos (Albert Poisson, *Glosario de Cinco Tratados de Alquimia*).

dejarás un mes filosófico; mantendrás el calor siempre igual, mientras el sudor de la materia se sublime, hasta que no sude más, que nada suba, que nada baje, que comience a pudrirse, a sofocarse, a coagularse y a fijarse, como consecuencia de la constancia del fuego.

Ya no se elevará más substancia aérea humeante y nuestro Mercurio quedará en el fondo, seco, despojado de su humedad, podrido, coagulado, convertido en una tierra negra, que se llama Cabeza negra del cuervo, elemento seco terroso.

Cuando hayas hecho esto, habrás llevado e cabo la verdadera sublimación de los Filósofos, durante la cual has recorrido todos los grados precitados: sublimación del Mercurio, destilación, coagulación, putrefacción, calcinación y fijación, en un solo matraz y en un solo hornillo, como ha sido dicho.

En efecto, cuando nuestra piedra está en su recipiente, y ella se eleva, se dice entonces que hay sublimación o ascensión. Pero cuando en seguida cae de nuevo al fondo, se dice que hay destilación o precipitación. Más adelante, cuando después de la sublimación y la destilación, nuestra Piedra comienza a pudrirse y a coagularse, es la putrefacción y la coagulación; finalmente, cuando se calcina y se fija por privación de su humedad radical acuosa, es la calcinación y fijación; todo eso se efectúa por el solo acto de calentar, en un solo hornillo y en un solo recipiente, como ha sido dicho.

Esta sublimación constituye una verdadera separación de los elementos, según los filósofos: "El trabajo de nuestra piedra no consiste más que en la separación y conjunción de los elementos; porque en nuestra sublimación el elemento acuoso frío y húmedo se convierte en elemento terroso, seco y cálido. De esto se desprende que la separación de los elementos de nuestra piedra no es vulgar; sino filosófica; nuestra única sublimación muy perfecta, basta, en efecto, para separar los elementos; en nuestra piedra no hay más que la forma de dos elementos, el agua y la tierra, que contienen virtualmente a los otros dos. La Tierra encierra virtualmente al Fuego, a causa de su sequedad; el Agua contiene virtualmente el Aire a causa de su humedad. Por lo tanto, es bien evidente que si nuestra piedra no tiene en ella más que la forma de dos elementos, encierra virtualmente. a los cuatro".

También ha dicho un filósofo: "No hay separación de los cuatro elementos en nuestra Piedra, como lo creen los imbéciles. Nuestra naturaleza encierra un

arcano muy oculto del cual se ven la fuerza y la potencia, la tierra y el agua. Encierra otros dos elementos, el aire y el fuego, pero no son ni visibles, ni tangibles, no se les puede representar, nada les descubre, se ignora su poder, que no se manifiesta más que en los otros dos elementos, tierra y agua, cuando el fuego cambia los colores durante la cocción”.

He aquí que por la gracia de Dios tienes el segundo componente de la piedra filosofal, que es la Tierra negra, Cabeza de cuervo, madre, corazón y raíz de los otros colores. De esta tierra, como de un tronco, nace todo el resto. Este elemento terroso y seco, ha recibido en los libros de los filósofos numerosos nombres, se le llama incluso Latón³³ Inmundo, Residuo Negro, Bronce de los Filósofos, Nummus, Azufre Negro, Macho, Esposo, etcétera. A pesar de esta infinita variedad de nombres, no es sino siempre una misma y única cosa, sacada de una sola materia.

Como consecuencia de esa privación de humedad, causada por la sublimación filosófica, el volátil se ha convertido en fijo, el blando en duro, y el acuoso se ha hecho terroso, según Geber. Es la metamorfosis de la naturaleza, el cambio del agua en fuego, según la Turba. Es también el cambio de las constituciones frías y húmedas, en constituciones biliosas, secas, según los médicos. Aristóteles dice que el espíritu ha tomado un cuerpo, y Alphidius³⁴, que el líquido se ha hecho viscoso. Lo oculto ha llegado a ser manifiesto, dice Rudianus³⁵ en el *Libro de las Tres Palabras*. Ahora se comprende a los filósofos cuando dicen: “Nuestra Gran Obra no es otra cosa que una permutación de las naturalezas, una evolución de los elementos”. Es bien evidente que a causa de esta privación de humedad, secamos la piedra, lo volátil se hace fijo, el espíritu se hace corporal, el líquido se vuelve sólido, el fuego se convierte en agua, y el aire en tierra. Así hemos cambiado las verdaderas naturalezas siguiendo un cierto orden, hemos hecho girar a los cuatro elementos en círculo, hemos permutado sus Naturalezas. ¡Que Dios sea eternamente bendito!. Amén.

Pasemos ahora, con permiso de Dios, a la segunda operación que es el blanqueo de nuestra tierra pura. Toma, pues, dos partes de tierra fija o Cabeza de cuervo;

³³ N. del T. Mercurio de los Filósofos antes de la putrefacción, es decir, antes de la negrura (Albert Poisson, *Glosario de Cinco Tratados de Alquimia*).

³⁴ N. del T. Filósofo griego. Autor del tratado de alquimia *Liber meteorum*.

³⁵ N. del T. Rudianus, así como Franciscus y Mechardus, serían desconocidos. Probablemente se trate de alquimistas griegos cuyas obras se han perdido (Albert Poisson, *Glosario de Cinco Tratados de Alquimia*).

muélela finamente y con precaución en un mortero extremadamente limpio, agrégale una parte del Agua filosófica que tú sabes (es el agua que apartaste). Aplícate a unirlos, embebiendo poco a poco de agua a la tierra seca, hasta que haya saciado su sed; muele y mezcla tan bien, que la unión del cuerpo, del alma y del agua sea perfecta e íntima: Hecho esto, meterás todo en un matraz herméticamente sellado a fin de que nada se escape, y lo depositarás sobre su pequeño lecho liso, tibio, siempre caliente para que al sudar desembarace sus entrañas del líquido que bebió. Allí lo dejarás ocho días, hasta que la tierra blanquee en parte. Entonces tomarás la Piedra, la pulverizarás, la empaparás de nuevo con la Leche virginal, removiendo, hasta que haya apagado su sed; volverás a ponerla en el matraz sobre su pequeño lecho tibio, para que sudando se deseque, como se dijo más arriba. Repetirás cuatro veces esta operación, siguiendo el mismo orden: imbibición de la tierra por el agua hasta la perfecta unión, desecación, calcinación. De ese modo habrás cocido suficientemente la tierra de nuestra piedra muy preciosa. Siguiendo este orden: cocción, pulverización, imbibición por el agua, desecación y calcinación, has purificado suficientemente la Cabeza de Cuervo, la tierra negra y fétida, la has conducido a la blancura por el poder del fuego, del calor y del Agua blanqueadora. Recoge tu tierra blanca y ponla cuidadosamente a un lado, porque es un bien precioso, es la Tierra foliácea blanca, Azufre blanco, Magnesia blanca, etc.. Morienus³⁶ habla de ella cuando dice... "Poned a pudrir esta tierra con su agua, para que se purifique y con la ayuda de Dios terminaréis el Magisterio". Hermes dice también que el Azoth lava al Latón y le despoja de todas sus impurezas.

En esta última operación hemos reproducido la verdadera conjunción de los elementos, porque el agua se ha unido a la tierra y el aire al fuego. Es la unión del hombre y la mujer, del macho y de la hembra, del oro y de la plata, del Azufre seco y del Agua celeste impura. También ha habido resurrección de los cuerpos muertos. Por eso ha dicho el filósofo: "Que aquéllos que no saben matar y resucitar, abandonen el arte". Y en otro sitio: "Aquéllos que saben matar y resucitar sacarán provecho de nuestra ciencia. Aquel que sepa hacer esas dos cosas será el Príncipe del Arte". Otro filósofo ha dicho: "Nuestra Tierra seca no dará ningún fruto, si no es profundamente embebida por su Agua de lluvia. Nuestra tierra seca tiene una gran sed, cuando ha comenzado a beber, bebe hasta las heces". Otro ha dicho: "Nuestra Tierra bebe el agua fecundante que aguardaba, apaga su sed, y después produce centenares de frutos". Se encuentran muchos otros pasajes semejantes en los libros de los filósofos; pero

³⁶ N. del T. Filósofo hermético. Obra: *De la Transmutación de los Metales*.

están en forma de parábola, para que los malos no puedan entenderlos. Por la gracia de Dios, tú ahora posees nuestra Tierra blanca foliácea, preparada para sufrir la fermentación que le dará el aliento. También ha dicho el filósofo: "Blanquead la tierra negra antes de agregarle el fermento". Otro ha dicho: "Sembrad vuestro oro en la Tierra foliácea blanca... y ella os dará fruto centuplicado". Gloria a Dios. Amén.

Pasemos a la tercera operación, que es la fermentación de la Tierra blanca. Nos es preciso animar el cuerpo muerto y resucitarlo, para multiplicar su potencia al infinito y hacerlo pasar al estado de Elixir perfecto blanco, que cambia al Mercurio en Luna perfecta y verdadera. Fíjate que el fermento no puede penetrar el cuerpo muerto si no es por intermedio del agua que hace el casamiento y sirve de lazo entre la tierra blanca y el fermento. Por eso en toda fermentación hay que cuidar el peso de cada cosa. Por tanto, si quieres poner a fermentar la Tierra foliácea blanca para transformarla en Elixir blanco que encierre un exceso de tintura, te es necesario tomar tres partes de Tierra blanca o Cuerpo muerto foliáceo, dos partes del Aguardiente que habías reservado, y una parte y media de fermento. Prepara este fermento de modo tal que esté reducido a una cal blanca tenue y fija, si quieres hacer el elixir blanco. Si quieres hacer el elixir rojo, sírvete de cal de oro muy amarillo, preparada según el arte. No hay más fermentos que éstos. El fermento de la plata es la plata y el del oro es el oro; así pues, no busques por otro lado. La razón de ello es que esos dos cuerpos son luminosos y encierran rayos deslumbradores, que comunican a los otros cuerpos la verdadera rojez y blancura. Son de una naturaleza semejante a la del Azufre más puro de la materia, de la especie de las piedras. Extrae pues cada especie de su especie y cada género de su género. La obra al blanco tiene por objeto blanquear, la obra al rojo, enrojecer. Sobre todo no mezcles las dos Obras, si no, no harás nada de provecho.

Todos los filósofos dicen que nuestra Piedra se compone de tres cosas: el cuerpo, el espíritu y el alma. Ahora bien: la tierra blanca foliácea es el cuerpo, el fermento es el alma que le da la vida, y el agua intermediaria es el espíritu. Reúne esas tres cosas en una por el matrimonio moliéndolas bien en una piedra limpia, en forma que se unan en sus más ínfimas partículas, constituyendo un caos confuso. Cuando del todo hayas hecho un solo cuerpo, lo pondrás suavemente en un matraz especial, que colocarás sobre su lecho caliente para que la mezcla se coagule, se fije y se ponga blanca. Tomarás esta piedra blanca bendita, la molerás finamente sobre una piedra bien limpia, la mojarás con una tercera parte de su peso de agua

para calmar su sed. En seguida la volverás a poner en el matraz claro y limpio sobre su lecho templado y caliente para que comience a sudar, a devolver su agua, y finalmente dejaras que sus entrañas se des sequen. Repite varias veces hasta que, por este procedimiento, hayas preparado nuestra muy excelente Piedra blanca, fija, que penetra las más pequeñas partes de los cuerpos muy rápidamente, fluyendo como el agua fija cuando se la pone sobre el fuego, convirtiendo los cuerpos imperfectos en plata verdadera, en todo comparable con la plata natural. Ten en cuenta que si repites varias veces todas esas operaciones en el mismo orden: disolver, coagular, moler y cocer, tu Medicina será tanto mejor, y su excelencia aumentará de más en más. Cuanto más trabajes tu Piedra para aumentar su virtud, tanto más rendimiento obtendrás cuando hagas la proyección sobre los cuerpos imperfectos. De suerte que, si después de una operación una parte del Elixir convierte cien partes de cualquier cuerpo en Luna, después de dos operaciones, mil; después de tres, diez mil; después de cuatro, cien mil; después de cinco, un millón y después de seis operaciones millares de miles, y así sucesivamente hasta el infinito. Por eso los adeptos todos elogian la gran máxima de los filósofos sobre la perseverancia para repetir esta operación. Si hubiera bastado una imbibición, no hubiesen discurrido tanto sobre este tema. Que las gracias sean dadas a Dios. Amén.

Si deseas cambiar esa Piedra gloriosa, ese Rey blanco que transmuta y tiñe el Mercurio y todos los cuerpos imperfectos en verdadera Luna; si deseas, digo, convertirla en Piedra roja que transmuta y tiñe el Mercurio, la Luna y los demás metales en verdadero Sol, obra así: Toma la Piedra blanca y divídela en dos partes; la una podrás aumentarla al estado de elixir blanco con su Agua blanca, como se ha dicho antes, de modo que tendrás de ella indefinidamente. La otra la pondrás en el nuevo lecho de los filósofos, puro, limpio, transparente y esférico, colocando todo en el hornillo de digestión. Aumentarás el fuego hasta que por su fuerza y su poder la materia se haya transformado en una piedra muy roja, que los filósofos llaman Sangre, Oro Púrpura, Coral Rojo o Azufre Rojo. Cuando veas ese color, tal que el rojo sea tan brillante como el azafrán seco calcinado, entonces toma alegremente al Rey y ponlo preciosamente aparte. Si deseas convertirle en tintura del muy poderoso Elixir rojo, que transmuta y tiñe el Mercurio, la Luna y cualquier otro metal imperfecto en Sol muy verdadero, pon a fermentar tres partes, con una parte y media de oro muy puro en estado de cal sutil y bien amarilla, y dos partes de Agua solidificada. Haz con ella una mezcla perfecta de acuerdo con las reglas del Arte, hasta que no distingas más sus componentes. Vuélvelo a colocar en el matraz sobre un fuego que mature, para

darle la perfección. En cuanto aparezca la verdadera Piedra sanguínea roja, agregarás gradualmente Agua sólida.

Poco a poco aumentarás el fuego de digestión. Acrecentarás su perfección repitiendo la operación. Es necesario agregar cada vez Agua sólida (que tú guardaste), que conviene a su naturaleza; multiplica su potencia hasta el infinito, sin cambiar nada de su esencia. Una parte de Elixir perfecto en el primer grado, proyectada sobre cien partes de Mercurio (lavado con vinagre y sal, como debes saberlo) colocada en un crisol a fuego suave, hasta que aparezcan vapores, la transmuta de inmediato en verdadero Sol mejor que el natural. Lo mismo sucede reemplazando el Mercurio por la Luna. Para cada grado de mayor perfección del Elixir, es la misma cosa como para el Elixir blanco, hasta que por fin tiña de Sol cantidades infinitas de Mercurio y de Luna. Posees tú ahora un precioso arcano, un tesoro infinito. Por eso dicen los filósofos: "Nuestra Piedra tiene tres colores, es negra al principio, blanca en el medio y roja al final". Un filósofo ha dicho: "El calor, actuando primeramente sobre lo húmedo engendra la negrura, su acción sobre lo seco engendra la blancura y sobre la blancura engendra la rojez. Porque la blancura no es más que la privación completa de negrura. El blanco, fuertemente condensado por la fuerza del fuego, engendra el rojo". -"Todos vosotros, buscadores que trabajáis el Arte -ha dicho otro sabio-, cuando veáis aparecer el blanco en el recipiente, sabed que el rojo está oculto en ese blanco. Os es preciso extraerlo de él y para eso calentar fuertemente hasta la aparición del rojo".

Ahora, demos gracias a Dios, sublime y glorioso Soberano de la Naturaleza, que ha creado esta sustancia y le ha dado una propiedad que no se halla en ningún otro cuerpo. Ella es la que, puesta sobre el fuego, entabla combate con él y le resiste valientemente. Todos los demás cuerpos huyen o son exterminados por el fuego. Recoged mis palabras, notad cuántos misterios encierran, porque en este corto tratado he reunido y explicado lo que hay más secreto en la Alquimia; todo está dicho en él sencilla y claramente, no he omitido nada, todo se encuentra brevemente indicado, y tomo a Dios por testigo de que en los libros de los Filósofos no se puede hallar nada mejor de lo que os he dicho. Por eso te lo suplico, no confíes este tratado a nadie, no lo dejes caer en manos impías, porque encierra los secretos de los filósofos de todos los siglos. Tal cantidad de preciosas perlas no debe ser echada a los puercos y a los indignos. Si, no obstante, eso sucediera, ruego entonces a Dios todopoderoso que tú no consigas terminar jamás esta Obra divina.

Bendito sea Dios, uno en tres personas.

AMÉN

- 0 -

GLOSARIO³⁷

Águila volante.- Mercurio de los filósofos.

Alphidius.- Filósofo griego; el manuscrito 6514 de la biblioteca nacional: *Liber meteorum*, es de Alphidius. A pesar de su título, es un tratado de Alquimia.

Aludel.- Aparato sublimatorio, compuesto de un vaso o recipiente de greda o loza vidriada o barnizada, coronado de un capitel de vidrio destinado a recibir el sublimado.

Alma.- Es la parte volátil de la piedra; más especialmente esta palabra designa al fermento.

Aristóteles.- Discípulo de Avicena. No debe ser confundido con el filósofo griego, preceptor de Alejandro. Obras: *De perfecto magisterio*, *De practica lapidis*.

Arte espagírico.- Sinónimo de Alquimia.

Astanus.- Puede ser el mismo Ostanes. Existen varios manuscritos de este último en las bibliotecas.

³⁷ N. del T. El orden alfabético original se ha perdido parcialmente a causa de la traducción del francés al castellano.

Astro.- Es el principio esencial de los metales capaz de cambiar los cuerpos en su propia naturaleza (Paracelso).

Avicena.- Al Hussein Ebn Sina, nacido en Bokhara, discípulo de Alfarabí, alquimista árabe, vivió en el siglo XI. Obras: Canon medicinae; Tractatulus alchemiae; De conglutinatione lapidum.

Azoth.- Mercurio de los Filósofos. Basilio Valentino ha hecho un tratado sobre el Azoth.

Barsen o Basen.- Alquimista citado en la Turba.

Cal roja.- Materia de la piedra al rojo.

Cohobar.- Volver a poner en el alambique el líquido que ha destilado.

Cuerpo.- Parte fija de la piedra.

Crocus.- Materia de la piedra al rojo. Significa también óxido.

Grados.- El primer grado del fuego corresponde a 50 grados centígrados, el segundo a la ebullición del agua, el tercero a la fusión del estaño, el cuarto a la ebullición del mercurio.

Agua, agua bendita, metálica, agua de las nubes, aguardiente.- Mercurio de los filósofos.

Entelequia.- Forma esencial y perfecta de una cosa.

Fuego de cenizas.- Baño de arena.

Geber.- Djafar al Soli, filósofo hermético árabe, vivió en siglo XI. Es el más célebre de los alquimistas árabes. Obras: Suma de Perfección; Testamento.

Gruesa.- Antigua medida de peso: 3,90 gr. Una gruesa vale 72 granos³⁸.

³⁸ N. del T. Grano = Pequeña medida de peso, que era la 72ava parte de una gruesa, o 0,0532 gr. (adaptado del Diccionario en línea Littré).

Hermes.- Thot egipcio, el padre de la química. Obras: Tabla de esmeralda; Los Siete Capítulos.

Hylé.- Materia de la piedra, Mercurio de los filósofos.

Latón o letón.- Mercurio de los filósofos antes de la putrefacción, es decir antes de la negrura.

León.- León verde, vitriolo verde. León rojo, gas hipoazótico.

Lote.- Medida de peso alemana, equivalente a una media onza.

Luna.- Plata, o mercurio ordinario, o incluso materia blanca.

Magisterio.- Sinónimo de piedra filosofal y de Gran Obra.

Mercurio de los filósofos.- Materia prima de la piedra.

Metales.- Los alquimistas no reconocen sino siete, a los cuales atribuyen los nombres de los planetas. El oro o sol, la plata o luna, el mercurio, el plomo o Saturno, el estaño o Júpiter, el cobre o Venus, el fierro o Marte.

Medicina.- Sinónimo de elíxir.

Microcosmos.- O pequeño mundo, es el hombre, por oposición al macrocosmos, que es el universo. Los filósofos entienden incluso por microcosmos su magisterio.

Morienus.- Discípulo de Adfar, filósofo hermético romano. Obras: *De la Transmutación de los Metales; Diálogo del Rey Calid y del Filósofo Morienus.*

Onza.- Antigua medida de peso equivalente a 31,25 gr.

Pájaro de Hermes.- Mercurio de los filósofos.

Pelícano.- Vaso circulatorio: se compone de una panza³⁹ coronada de un capitel, del cual parten dos tubos que entran lateralmente en la panza, de suerte que el líquido que destila vuelve a caer constantemente en la panza.

Fénix.- Pájaro fabuloso de plumaje rojo; emblema de la piedra roja.

Físico.- Médico. Esta palabra se emplea aún en Inglaterra en este sentido (physician).

Pollo de Hermógenes.- Materia de la piedra blanca.

Rhazés.- Filósofo hermético persa, vivió en el siglo X. Sus obras existen manuscritas en traducción latina en la biblioteca nacional: *Lumen luminum; Liber perfecti magisterii; De aluminibus et salibus*.

Azufre.- Segundo principio de los metales. Significa también la materia de la piedra. Azufre vivo o azufre rojo, materia de la piedra al rojo.

Sublimación.- En el sentido filosófico, significa purificación.

Cabeza de cuervo.- Es la materia durante la putrefacción.

Thelesma.- Perfección.

Turba de los filósofos.- Turba philosophorum, el más conocido y el más común de los antiguos tratados de Alquimia. Atribuido al filósofo Aristeo.

Ventre de caballo.- Estiércol caliente de caballo, proporciona una temperatura constante.

Vinagre, blanco, muy ácido, de los filósofos.- Mercurio de los filósofos.

Vitriolo.- El vitriolo verde o vitriolo romano es todo uno, significa caparrosa⁴⁰ verde. Vitriolo azul o de Hungría: caparrosa azul.

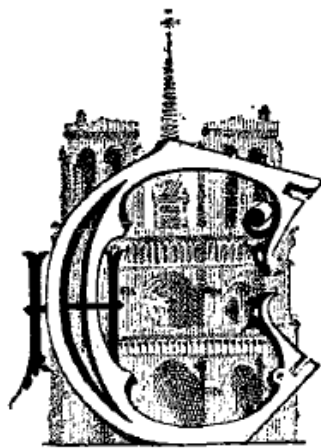
³⁹ N. del T. Panza o parte redondeada de una botella, de una retorta o un alambique (adaptado del Diccionario en línea Littré).

⁴⁰ N. del T. Caparrosa = sulfatos nativos de cobre, fierro o cinc. (tomado del Diccionario de la Real Academia Española). Ver además N. del T. 27.

Nota.- Rudianus, Franciscus y Mechardus son completamente desconocidos. Probablemente son alquimistas griegos cuyas obras están perdidas.

TABLA DE MATERIAS

PREFACIO.	6
Tabla de Esmeralda.	9
Reseña biográfica sobre Arnaldo de Vilanova.	12
El Camino del Camino.	13
Reseña biográfica sobre R. Lulio.	21
La Clavícula.	23
Reseña biográfica sobre Roger Bacon.	37
Le Espejo de Alquimia.	38
Reseña biográfica sobre Paracelso.	50
El Tesoro de los Tesoros.	52
Reseña biográfica sobre Alberto El Grande.	58
El Compuesto de los Compuestos.	59
Glosario.	79



Achevé d'imprimer, le 15 juin, à Paris
Chez HENRI JOUVE, 15, rue Racine
MDCCCXC